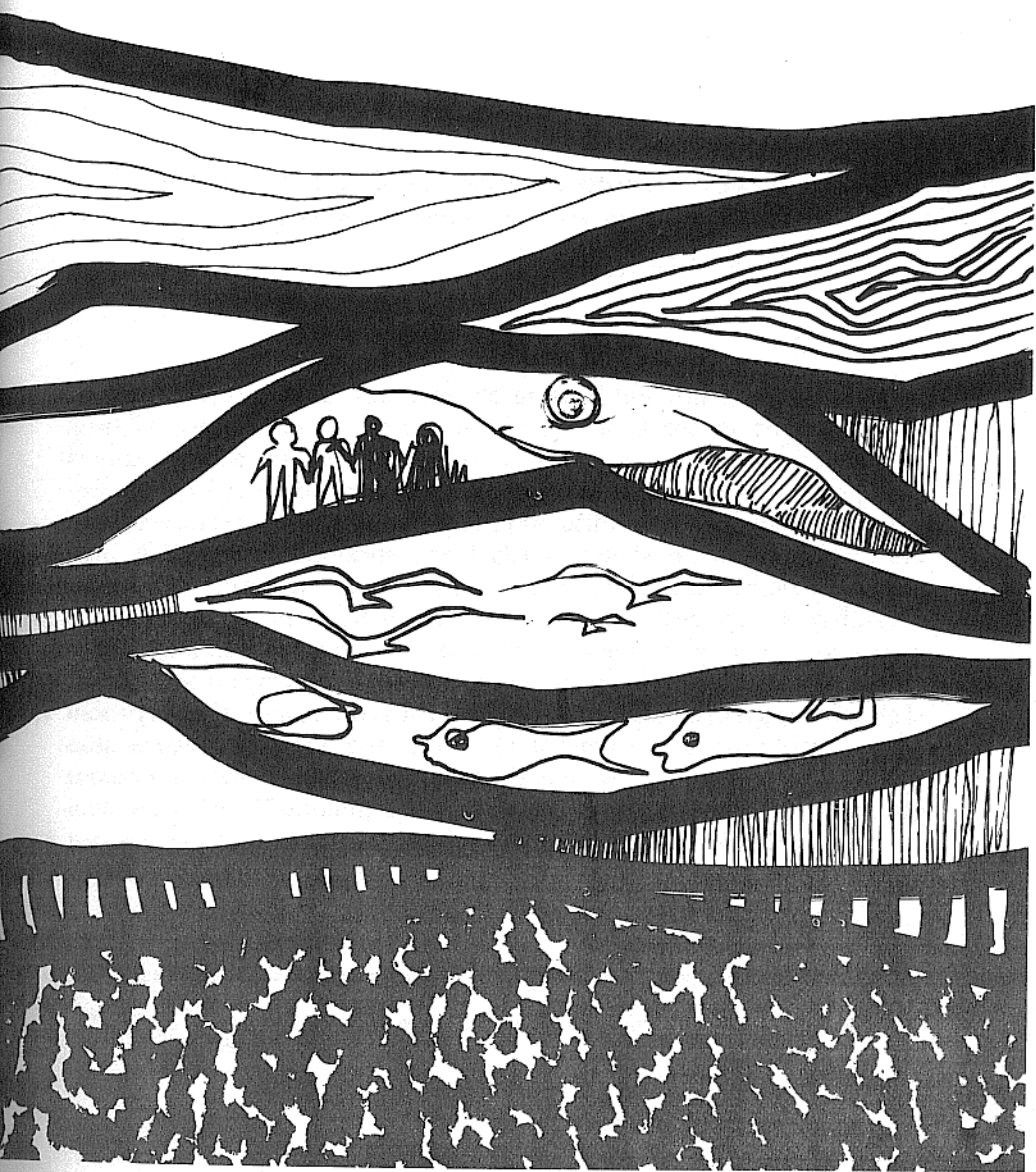


**POR LOS CAMINOS DE LA
UTOPIA: ECOLOGIA, VIDA
COTIDIANA Y NUEVOS
PROTAGONISTAS SOCIALES**

ARTURO TORRECILLA



**"Por los caminos de la utopía: ecología, vida cotidiana
y nuevos protagonistas sociales"***

*Arturo Torrecilla***

La fuerza súbita del amanecer desgarró el horizonte, lo parte en dos, igual la comunidad de pescadores levantada desde el alba parte las fronteras entre sus necesidades sociales y la usurpación de su medio de vida por el Estado de interés militar; medio de vida resguardado por la memoria ancestral e intranquila pero predecible de los terribles dioses del mar. Allí nació enardecida una lucha y, con la misma celeridad, allí también quedó en una latencia apacible pero quebradiza. En otro lugar, no muy distante en esta isla de verde arrugado, pestilencias de cadáveres minerales exhumados por el capital deja sin abrigo las aguas, los aires y los años de una comunidad circunnavegada por fuertes concentraciones industriales. Bosquejando ya la tarde y, en otro lugar, la marginalidad de la calle se hace fiesta al son de la luna en la laguna -sólo por última vez. Se renueva un ciclo centrífugo de luchas de vida vertiginosa y de recurrencias insospechadas. También, en otro lugar, la flor y nata del Condado respaldada por la organización de zona vecinal descubre la basura en sus alrededores para animar así un civismo que evoca las mejores tradiciones

* Versión ampliada de charla presentada en el Coloquio de Psicología Social, UPR, septiembre 3, 1984.

** Dept. de Sociología y Antropología, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, octubre, 1984

leónidas y rugir, no fauces animales sino, más bien, vértebras cargadas de trabajo fatídicamente oficinesco; todo, simultáneamente, sin establecer la mínima relación entre los desperdicios playeros y los deshechos de alto contenido calórico e inorgánico evacuados por las tuberías de condominios lujuriosos. Otro eco retumba en el espacio urbano sanjuanero, esta vez desde el fondo del caño de donde provenía aquel negrito. La espiral del conjunto de voces que asoma de los "bajos fondos" trasciende las décadas de miseria en un paisaje urbano en donde el capital financiero de la Milla de Oro junto con vibrantes bufetes de aprendices de la ley y el orden buscan apagarlas por duodécima vez en el sopor de las expulsiones, de los desplazamientos de unas vidas comunes compartidas, aún en la miseria. En otro lugar, esta vez residencial, los ciudadanos de University Gardens toman la calle, no para confrontar proletariamente el capital y librar el asalto frontal al Estado burgués sino, más bien, para embestir uno de sus efectos: la alta circulación automovilística por sus calles que promete ensuciar sus dignificaciones con títulos de nobleza universitaria. La discriminación pequeño-burguesa del "derecho a la ciudad" (derecho a la privacidad obliga) queda desflorida para este sector abandonado a la miseria urbana. La vida cotidiana transcurre en este tropel de fragilidades humanas, de tiempos desgarrados fuera de la oficina o de la fábrica para hallar una suerte de remanso espiritual en este restaurante ciudadano. Se divisa en su interior nostalgias de monasterios de Himalayas, trascendencias de meditación Zen y movimientos de quijadas propias de rumiantes silenciosos ante festivales de frutas, vegetales y cereales orgánicos; todo, con algodón vistoso y tenis de plásticos brillantes. Y, a la vuelta, al otro lado de la bahía, en donde a la medianoche aúllan los barcos su destino como queriéndole cortar las gargantas a las chimeneas instaladas en el sepulcro de Cataño, a la vuelta, se observa un niño cogido de la mano de una anciana sembrando un retoño de árbol.

Tal es el escenario de una vida negada diariamente. Para unos, los poros de libertad buscados desesperadamente al exterior del trabajo asalariado se transforman en pesadilla, equivalente al ruido metálico y brutal de la fábrica. Para otros, como pescadores y obreros de plantas de producción altamente contaminantes, es el mismo trabajo, como fuente de realización humana, el que es negado por la política económica y territorial del Estado del capital. Para otros, también, la crisis de a naturaleza se traduce en un espiritualismo delirante que combina intransigencias autoritarias de ascetismos heremitáneos con neonearcisismos psicológicos y alimenticios.

Se desprende pues, de este escenario confuso y amalgamado, toda una serie de dudas y de interpretaciones parciales de un fenómeno que se entrelaza por denominadores comunes propios a manifestaciones

territoriales, urbanas y ecológicas de la crisis del capitalismo. Fenómeno, en donde se confunden y se igualan demasiado rápidamente, tanto en izquierdas como en derechas, los vegetarianos ecológicos con seres espiritualmente hervíboros de varios tonos de verde perejil; los pescadores en lucha con comunidades románticas propias de una pintura bucólica; los urbanitas de los distintos *gardens* con cívicos vejestorios de chochera trasnochada y reaccionaria. No que estas representaciones de estos escenarios, distantes pero compartidos, leviten aéreamente de su materialidad, pero representaciones al fin, es preciso desempolvar el terreno que las sostiene, pasando de la ciudad de los espectros a los espacios de los cuerpos reales; ello, con el fin de indagar sobre sus fuentes, sobre lo que hoy anima la construcción de un imaginario social de un nuevo fenómeno -la cuestión ecológica- que ofrece visos de ocupar el lugar de la cuestión obrera en tanto lucha mortal entre el trabajo y el capital.

Esta vez, sin embargo, los discursos alusivos a lo ecológico, las composiciones sociales de sus luchas, las protestas elementales que evocan, en algunos casos, la tierna candidez de damas de beneficencia, o las agendas desiguales inscritas en la multiplicidad de las contradicciones espaciales, nos aleja, sólo en apariencia fantasmagórica, de la explotación fabril y despótica del capital en contra del asalariado. Tal distanciamiento de "lo económico" ha llevado en más de una ocasión a una de las teorías más ricas en posibilidades críticas del orden existente, el marxismo, a postrarse ante este nuevo fenómeno investido de virtualidades revolucionarias. El esquivo del marxismo no es fortuito y compromete la misma teoría y el abanico de las prácticas políticas que se reclaman de la misma. Contemplamos pues, en este trabajo, trazar en un primer momento la fuente de representaciones alusivas a lo ecológico, siguiendo de seguido a desembarazar los obstáculos en el seno del marxismo mismo para poder abordar dicho fenómeno, pasando a esbozar preliminares que entrelazan el ecologismo y el marxismo, a fin de culminar en los nuevos sujetos sociales que emergen como grietas de la crisis de la "Naturaleza".

I. El desencanto de la naturaleza.

Si la cuestión ecológica está a la orden del día en diversas manifestaciones sociales y con fluctuantes niveles de profundidad reflexiva es porque lo ecológico, la conciencia o toma de conciencia ecológica, es una variante -quizás de las más importantes de la toma de conciencia acerca de los límites de la producción capitalista. Como toda forma de conciencia, en algunos casos trágica, en otros ingenuamente espiritualista y, en otros también, profundamente política y, obviando el coro de sus variaciones, ésta se alimenta de una invariante que la

constituye en su generalidad misma: *el umbral crítico que atraviesa una modalidad de producir y reproducir los elementos que nos garantizan esta vida contradictoria, esto es, el umbral crítico que atraviesa el modo de producción capitalista*. Tal es la tesis general inscrita e inmanente a la política misma del modo de producción contemporáneo; tesis que gravita en la cuestión ecológica y que aflora con todo su aplomo en momentos álgidos de luchas constituidas en el interior de los ciclos estructurales de crisis. Sugerimos así, genéricamente, que todo modo de producción provisto de mecanismos de división de los agentes en clases sociales, observa una relación doblemente contradictoria: primero, las relaciones de los seres humanos con la naturaleza; y, segundo, las relaciones de los seres humanos entre ellos con el fin de procurarse las condiciones materiales de existencia. Asumida esta dualidad contradictoria, cuando cada modo de producción arriva a la víspera de su umbral crítico -es decir, al término posible de su reproducción reguladamente contradictoria-¹ este contempla límites estructurales, por una parte (y tomando como ejemplo el modo de producción capitalista), en la explotación de la fuerza de trabajo, por otra parte, en la explotación de la naturaleza y, por último, en la mediación que establece de la naturaleza con el fin de explotar al trabajador directo. Dichos límites estructurales toman formas variadas de configuraciones ideológicas que asoman -en lo que respecta a la propia naturaleza- como límites de la naturaleza misma. De pronto la naturaleza se transmuta en sujeto autonomizado de la regulación humana vertiendo el cúmulo de su ira como venganza acumulada por el tipo de explotación de la cual fue objeto. Tal registro de la conciencia de una naturaleza autonomizada, iracunda y carnívora de su progenie es propio de los ciclos críticos de modos de producción divididos en clases sociales antagónicas. De pronto, la peste azota la especie humana en la Baja Edad Media o la hambruna en Irlanda diezma su población de estirpe popular. La representación ideológica de la autonomización de la naturaleza funciona, en este sentido en la imaginario, como inversión de algo muy material: una relación *específica* de los seres humanos con la naturaleza para

¹ Sobre el concepto de regulación véanse los trabajos de la "Escuela de la regulación marxista": Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1979; C. Öminami, R. Hausmann, "Crisis e internacionalización", CEPREMAP, núm. 8111, enero 1981; Michel De Vroey, "A regulation approach interpretation of the contemporary crisis", *Capital & Class*, núm. 23, verano 1984.

proveerse su sustento.² El intento de sobrepasar el umbral crítico, dentro de los mismos límites de la explotación de los trabajadores directos mediando una cierta relación con la naturaleza, fuerza necesariamente el punto catastrófico del modo de producción: estamos, pues, instalados ya en la plena crisis ecológica.³

Como toda forma de conciencia crítica, toda forma de representación es una alusión-ilusión de reconocimiento-desconocimiento del palpitar de los objetos reales y sensibles en crisis⁴, es preciso dar cuenta de las formas de conciencia ecológica en relación a sus especificidades sociales y de clase. Nutridas las variaciones de la conciencia ecológica por el umbral crítico del modo de producción capitalista, se hace igualmente necesario ofrecer elementos explicativos de lo que constituye este umbral. El abordaje de estos dos aspectos desde el marxismo sólo se hace posible, sostenemos, pasando revista sobre los obstáculos dentro del marxismo dominante e históricamente constituido.

II. El marxismo ante el problema ecológico.

La cuestión ecológica⁵ y las luchas que la acompaña, los movimientos ecologistas, tienen por norte la alusión y el reclamo de una vida cotidiana cualitativamente distinta. Se trata, implícitamente o explícitamente, de una crítica del modo de vida en tanto modo de vida capitalista. Si en los puntos álgidos de la cuestión ecológica se desprende esta radicalidad, en lo que respecta al marxismo, éste nos ha acostumbrado a dormir por razones sustantivas en varios esquivos, entre ellos la vida cotidiana. Más

² Es incorrecto siguiendo este lineamiento, como plantea una modalidad del marxismo, que el fetichismo o culto de la naturaleza sea exclusivamente propio de modos de producción precapitalistas debido al bajo desarrollo de las fuerzas productivas. También en el modo de producción capitalista, si bien se "supera" este fetichismo por el avance de la ciencia desplazándose a esta última, es en los ciclos críticos de este modo de producción que la naturaleza aparenta escaparse como "fuerza productiva destructiva" pero también posesiva y fascinante; los monstruos y espectros de la ciencia ficción literaria y filmica no hacen más que relevarla: King-Kong-Naturaleza inmortaliza lo no avasallable por el capital.

³ La analogía de la explotación de la fuerza de trabajo en *El Capital* de Marx vale, en más de un sentido, para la naturaleza también. El forzar la explotación del trabajador extendiendo la jornada de trabajo infinitamente (plusvalía absoluta) confronta un límite estructural de la propia especie humana: su desgaste, agonía y muerte prematura. Pero, también, el forzar la explotación de la fuerza de trabajo reduciendo el valor unitario de la propia fuerza de trabajo confronta, como tendencia límite, la propia disolución de la ley del valor y, por tanto, la muerte económica del capital; pero no política.

⁴ Cf. Louis Althusser, "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", *Escritos*, Barcelona, 1975.

⁵ E.g. contaminación, destrucción parcial o irreversible del ambiente humano y/o natural, explotación de recursos no renovables.

de un equívoco ha hecho de lo ecológico un terreno no problemático o, a lo sumo, brevemente circunstancial. Estos equívocos obedecen a la racional histórica misma en que se desenvuelve la teoría y la política del marxismo.

1. Modo de producción y modo de consumo.

El marxismo y el propio Marx nos aporta en la teoría del modo de producción capitalista, elementos de su regulación vía el régimen del asalariado y de su umbral crítico-catastrófico como tendencia inscrita, por una parte, en la ley del valor y, por otra parte, en lo que es su contradictoriedad escenificada en el combate que se libra entre el valor de uso y el valor de cambio.⁶ Dentro de este cuadro teórico-investigativo se ha sostenido un orden de prioridad centrado en la problemática del valor. Ha quedado ausente, en Marx mismo y en los marxistas clásicos, una teoría del modo de consumo y, en ello, del valor de uso.⁷ El propio estadio del modo de producción que tenía por referente el ejemplo inglés - el más avanzado en ese momento en Europa Occidental - estadio de acumulación de tipo competitivo, sumado a la unidad productiva que mejor lo figuraba, la gran industria, no es ajeno a este esquivo. Si bien es cierto que el modo de producción capitalista contiene la idea del proceso del capital total (producción, circulación, realización-consumo), estos momentos, en tanto momentos necesarios del proceso de producción, en Marx, la fuente de su anclaje queda presidida por la esfera de la producción. El peso de esta esfera en la generación de conocimientos no es fortuito, ésta se identifica como el lugar inmediato de extorsión del sobretrabajo: proceso de trabajo = proceso de valorización del capital, es decir de explotación de la fuerza de trabajo libre en su consumo productivo. De suerte que, las articulaciones sucedáneas de las categorías socio-económicas (históricamente determinadas) de los procesos de abstracción del modo de producción (e.g. valor, trabajo abstracto, simple, mercancía), son la resultante de la lucha terrorista del poder impositivo del capital vía el protagonismo del valor de cambio y la resistencia-insubordinación del

⁶ Los primeros dos aspectos, modo de producción y regulación salarial, son más evidentes en *El Capital*, el tercero en los borradores de los *Grundrisse*. Para una interpretación de este último aspecto, animado a su vez por los nuevos contenidos de insubordinación política proletaria con el ejemplo de la experiencia italiana véase, de Antonio Negri, *Marx au-delà de Marx*, Christian Bourgois Editeur, Paris 1979.

⁷ Nuevamente, es a la autonomía proletaria italiana y a uno de sus teóricos, A. Negri, el que le vale el mérito de profundizar en un renglón del valor de uso: la auto-valorización proletaria; cf. de Negri, "Dominio y sabotaje", *El Viejo Topo*, Barcelona, 1975. No obstante quedan ausentes otros géneros de valores de uso en relación a la "naturaleza" que serán tratados por el ecologismo.

valor de uso proletario. Si tal es la inteligencia del pensamiento marxista para grantizarnos entrar y descubrir los misterios de las abstracciones burguesas, todo lo que queda en el área de la reproducción de la fuerza de trabajo se soslaya en su propia ausencia, tanto en Marx como en trabajos ulteriores.⁸ La vida cotidiana, el modo de vida o, si se prefiere, lo que algunos marxistas denominarían hoy en un lenguaje todavía preñado por el economicismo, la reproducción de la fuerza de trabajo, claudicaría a su registro.⁹ Su ausencia, pensamos, no obedece a la incapacidad de la teoría misma sino, sobre todo, a un efecto de "ceguera" provocado por la misma periodización del proceso productivo.

El modo de vida a finales de siglo -y vale recordar que aún con el ejemplo de la formación social más avanzada- se conserva como el modo de vida anterior al capitalismo. Aún en los términos de su precariedad, se combina este modo de vida (que es igualmente modo de consumo) con un fuerte espíritu comunitario, en donde la familia, la fiesta, la calle, las andanzas, la infancia y adolescencia libertina son los escenarios exquisitos de las damas de beneficencia y de humanistas ociosos. Estos escenarios resisten a su cuadrículación por los mecanismos de la moral estatalista burguesa y,¹⁰ menos aún, queda ausente su avasallaje por la lógica valorizante de la reproducción del capital. La brecha entre el modo de producción típicamente capitalista y el modo de consumo que le precede es infranqueable. En términos metafóricos, la sociedad todavía no llega a hacerse fábrica. El lenguaje liberal de los teóricos burgueses aún consume su fuerza y signo distintivo de una sociedad civil calcada de su víspera romántica.

Entrado el estadio monopólico y, específicamente, lo que algunos denominamos ya el fordismo, prolongando el término acuñado por

⁸ Ausencia de esta instancia en la comprensión de la reproducción de la fuerza de trabajo pero no ausencia en el tratamiento de la reproducción de las relaciones de producción vía la intervención del Estado contenida ya en Marx en el estudio de las reglamentaciones laborales. Este esquivo compromete también el esquivo del "trabajo doméstico" como parte integral en la restitución laboral.

⁹ Para una aproximación general véase, de André Granou, *Capitalismo y modo de vida*, Serie Comunicaciones "B", Madrid, 1979.

¹⁰ Curiosamente es el cuento corto como género literario el que recoge estos escenarios -con la mala conciencia autorial que caracteriza a la *intelligentsia*- romantizándolos. Las periferias de una cotidianeidad no cuadrículada, no moralizada por tanto a los tiempos y los espacios del capital y del Estado, el subproletariado urbano, aprietan densamente la trama de la cuéntística; insertos estos espacios de un plebeyismo virtual y prácticamente insolemne. Y es que el "atractivo" de estos grupos reside en una vida cotidiana que se eleva a una aventura libertina de riesgos para el capital, no previsible por éste y, por consiguiente, en recurrencia de la normatividad dominante; abasto o cantera de insubordinaciones (e.g. el matrimonio como jaula, el trabajo como maldición).

Antonio Gramsci,¹¹ transforma notablemente los términos de esta articulación entre modo de producir y modo de vivir. Si el modo de producción transforma al trabajador directo en fuerza libre de trabajo vía la expropiación de los útiles de trabajo (garantizando al capital la resolución de esta contradicción a través del régimen del asalariado), en el estadio monopolístico se trata de transformar la vida cotidiana del conjunto del asalariado mediante dos mecanismos íntimamente ligados entre ellos. Primero, la generalización del reino de la mercancía, subsumiendo las condiciones de reproducción de la vida cotidiana, del asalariado, a la lógica de la valorización, usurpando como efecto, los poros de libertad de la "sociedad civil" no penetrados por la fábrica.¹² La "sociedad de consumo" se muestra así como la inversión de lo que constituye, por fuerza de la valorización capitalista, un modo de consumir objetos-mercancías que organizan el tiempo y el espacio de reproducción a los fines de la acumulación, sobre todo monopolística. El segundo aspecto es el que más se suele olvidar tanto por las tendencias ecologistas como, por igual, las marxistas. El avasallaje de la vida cotidiana por el capital guarda su sustrato en la transformación de la división capitalista del trabajo desde el proceso de trabajo mismo. El período monopolista consolida como tendencia la explotación intensiva del asalariado, un ritmo progresivo de largo período en la desvalorización del costo unitario de la mercancía fuerza de trabajo y, por último, una profundización de la plusvalía relativa bajo el cierre de huecos de la producción a favor de la valorización del capital.¹³ El fordismo, junto a la cuña del Estado keynesiano, corresponde así a la segunda fase de la plusvalía relativa relevando al taylorismo de sus

¹¹ Antonio Gramsci, "Americanismo y fordismo", *Obras de Antonio Gramsci*, Vol. I, Juan Pablo Editor, México, 1975, pp. 281-318. Para una actualización del fordismo, en el lenguaje que le es propio a la autonomía proletaria italiana, véase la importante contribución de Benjamín Coriat, *El Taller y el cronómetro*, Siglo XXI, Madrid, 1982. Acerca de unos acercamientos preliminares de este problema en el caso de Puerto Rico véanse los siguientes trabajos: E. González-Díaz, "Luchas sociales y vida cotidiana: elementos teóricos", Ponencia, XV Congreso Latinoamericano de Sociología, Managua, octubre, 1983; R. Alejandro et. al., "Proposiciones en torno al Estado en la crisis del marxismo", *La Torre del Viejo*, I (1), mayo-junio, 1984; K. Antonio Santiago, "Vida cotidiana y control social", Ponencia, Escuela Graduada de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, R.P., febrero 1983. Sobre el fordismo en la periferia véase, de Alain Lipietz, "¿Hacia una mundialización del fordismo?", *Teoría y Política*, Año III, núms. 7-8, julio-dic., 1982.

¹² De los electro-domésticos a su refuerzo publicitario, la crisis de la división sexual del trabajo en la unidad familiar de la generalidad del asalariado y su concomitante lucha feminista no se haya ajena a la "proletarización" actual del trabajo doméstico. Una vez más hallamos aquí la máxima marxista-feurbachiana: el hombre (diríamos la mujer) tiene que llegar a su pobreza espiritual absoluta (i.e. peligrar la función de "ama de casa") para atisbar el umbral de su liberación.

¹³ Cf. Aglietta, op. cit., pp. 91-127.

torpezas explotativas. Es esta centralidad de la lectura proletaria del proceso capitalista de trabajo, de sus transformaciones, desfases y correlaciones con este otro aspecto que lo constituye la vida cotidiana, como parte de la ecología social, lo que durante décadas se ha corrido como velo a la teoría marxista.

Una vez manifiestas estas relaciones podemos adelantar que la fábrica penetra la sociedad, los ritmos de su diario vivir, a favor del capital, vía la extensión de la mercancía y, por tanto, de un modo de consumirla específico; y vía -más fundamental aún- la reducción del valor de la fuerza de trabajo. Este primer aspecto (vida cotidiana-plusvalía relativa) soslayado por el marxismo, es preciso restituirlo con toda su fuerza explicativa no por mero capricho, sino porque nos permite entender de manera más comprensiva las nuevas conflictualidades del régimen del asalariado en lugares ajenos a la fábrica pero íntimamente entrelazados con ésta.¹⁴

2. ¿El marxismo se ampara en Julio Verne o el espiritualismo irracionalista de Lovecraft?: las fuerzas productivas del capital.

Un segundo obstáculo dentro del marxismo, esta vez de orden más teórico que histórico -como el anterior- tiene que ver directamente con el problema del culto al productivismo propio de las concepciones dominantes acerca del desarrollo de las fuerzas productivas. Estas últimas se identifican como el sujeto de la historia¹⁵, ya sea en su acepción positiva para un marxista discípulo de Verne, o bien, negativamente, para algún espiritualista adepto de Lovecraft o de sus epígonos. El problema en cuestión contempla demasiadas aristas para asumirlo aquí. No obstante, es preciso hacer observar su entronque. Sobre esto, si el movimiento ecologista ha levantado como bandera de lucha una crítica virtualmente anticapitalista en el reclamo de otra calidad de vida, también su rol ha sido profundamente importante en su ataque frontal al culto de las fuerzas productivas en donde, no sólo la izquierda institucional sino, también, la izquierda revolucionaria, han caído en su trampa.

¹⁴ Cf. Manuel Castells, "Advertencia a la Edición de 1975", *La Cuestión Urbana*, Siglo XXI, México, 1975. Si bien Castells, en este trabajo, establece finamente las relaciones entre reproducción de la fuerza de trabajo-Estado-crisis urbana, esquivaba este otro aspecto central que son las transformaciones del proceso capitalista de trabajo.

¹⁵ Las concepciones de sujetos apriorísticos de la historia arrancan de interpretaciones filosófico-especulativas hegelianas reabsorbidas en el marxismo; cf. Louis Althusser, "El marxismo no es un historicismo", *Para leer El Capital*, Siglo XXI, México, 1981.

La crítica contenida en el movimiento ecologista nos subraya y nos alerta sobre el hecho de que no podemos seguir avalando la idea de que el progreso social y económico puede continuar sancionándose en los términos actuales. Nos recuerda que el progreso no puede seguir identificándose con el crecimiento del PNB o con el incremento de cierto tipo de bienes de consumo (e.g. automóvil) en menoscabo de la convivialidad de las relaciones humanas e, igualmente, en menoscabo del medio ambiente. La sociedad futura, revolucionaria, no puede ser una que identifique su transición de modo grotescamente subordinado a las formas jurídicas sino, entre otras cosas, a una radical transformación de las relaciones entre los seres humanos entre ellos y con la naturaleza.¹⁶ De esta manera, la crítica a la "teoría de las fuerzas productivas" contenida implícitamente en el ecologismo trasciende los países del capitalismo maduro y contempla igualmente los países del capitalismo de Estado del socialismo realmente inexistente en el Este.¹⁷

Las concepciones predominantes de las fuerzas productivas, provenientes de los clásicos marxistas y socavadas históricamente, teóricamente y políticamente a partir de los años sesenta,¹⁸ se centran en tres aspectos cuya matriz la constituye una lectura racionalista burguesa de la historia.¹⁹ Es en este sentido que señalamos que el marxismo no ha hecho más que actualizar el carácter visionario de la ciencia ficción de Verne, exaltando la tecnología y la ciencia como el Prometeo de la Historia, independientemente de las relaciones sociales que las conforman.

¹⁶ Si este reclamo es programático en el movimiento ecologista, en Marx aparece también en *La Ideología Alemana* para luego, en trabajos posteriores, priorizar en el cambio radical en las relaciones de los seres humanos entre ellos: "... estas relaciones determinadas respecto a la naturaleza, son condicionadas por la forma de la sociedad y vice-versa. Aquí, como en todas partes, la identidad del hombre y de la naturaleza se presenta también bajo esta forma, de modo que el comportamiento obtuso de los hombres frente a la naturaleza condiciona su comportamiento obtuso entre ellos, y que su comportamiento obtuso entre ellos condiciona a su vez sus relaciones con la naturaleza, precisamente porque la naturaleza se encuentra apenas modificada por la historia.", K. Marx, F. Engels, *L'Idéologie Allemande* (Primera Parte), Editions Sociales, París, 1972, p. 97 (traducción nuestra). Recordemos que Marx, en su primera etapa, participó activamente de un periodismo crítico en el *Rheinische Zeitung* sosteniendo posiciones de un "ecologismo comunalista" en contra de los señores propietarios de los bosques y del Estado que legislabo a favor de ellos.

¹⁷ Para una aproximación general de los países del Este véase, de Bernard Chavance, "La naturaleza del sistema soviético, problemas e implicaciones", *La Torre del Viejo*, vol. I (2), julio-agosto, 1984.

¹⁸ Históricamente: la profundización en la desposesión del asalariado en el propio proceso de trabajo; teóricamente: las contribuciones del ecologismo ya indicadas, la escuela althusseriana en Francia y Autonomía Proletaria en Italia; políticamente: la Gran Revolución Cultural Proletaria y su concentrado crítico en los "teóricos de Shanghai", las luchas obreras y sociales de tendencias autónomas y autogestionarias en la última década.

¹⁹ Cf. Etienne Balibar, "Marxismo e irracionalismo", *El Viejo Topo*, núm. 21, 1978.

En un primer aspecto tal apropiación burguesa en el marxismo proviene de la propia lógica de abstracción del movimiento de capital en el proceso de desposesión del trabajador directo -sede de la autovalorización proletaria. Proceso de desposesión cuya contradicción se resuelve, a favor del capital, en el aumento de la composición técnica del mismo y, en ello, del capital fijo. La consagración de las fuerzas intelectuales en el trabajo muerto (e.g. maquinaria, tecnología, útiles), que otrora estuvieran adscritas al trabajador bajo la fusión de tareas de concepción y de ejecución, se separan en un movimiento correlativamente antagónico en contra del proletariado²⁰, para pasar a formar parte de la dirección del proceso de producción. Esta inversión de la desposesión en el capital constante amamanta un fetichismo de las fuerzas productivas partiendo desde la misma esfera de la producción.

Un segundo aspecto, íntimamente vinculado con el primero, comprometió históricamente al marxismo, en su teoría y en su política, a una lectura neutral de las fuerzas productivas.²¹ Varios trabajos del propio Marx y sus lecturas circunstanciadas por las políticas revolucionarias del momento así lo permitieron sellar.²² Las fuerzas productivas, materiales, útiles de todo tipo, tecnología aplicable, organización de la cooperación capitalista, son todas neutrales y relanzables tal cual para el pasaje al socialismo. El enemigo lo constituiría la apropiación privada del resultado de la organización de esas fuerzas productivas, resguardadas cada vez más por su carácter social. La naturaleza de su apropiación privada queda exclusivamente identificada con la relación jurídica de propiedad.²³ Basta que la relación jurídica de propiedad salte en pedazos, quedan entonces liberadas las fuerzas de transformación de la naturaleza de sus ataduras para transitar entonces al

²⁰ Cf. K. Marx, *Capital*, vol. 1, Lawrence & Wishart, Londres, 1974, p. 399; *Grundrisse*, Penguin Books, Inglaterra, 1973, p. 701; Alfred Sohn-Rethel, *Trabajo manual y trabajo intelectual*, El Viejo Topo, Barcelona, 1978; David Noble, *America by Design*, Oxford University Press, Nueva York, 1973. De este modo, la historia materialista de la ciencia tiene que coincidir con dos aspectos (variables) vinculados a la división entre mente y mano, entre trabajo manual e intelectual: primero, la "economía política" de la "ciencia" en sus aplicaciones tecnológicas; y, segundo, la "política" de la ciencia en la destrucción de la autonomía proletaria y, como efecto mediado, la destrucción de la naturaleza.

²¹ En Lenin, por ejemplo, el socialismo se iguala en la fórmula de los soviets + la electrificación.

²² Particularmente el "Prefacio" de 1859 en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Ed. Estudio, Buenos Aires, 1973; pero también la *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI, México, 1979, en donde los recursos energéticos se igualan en evolución lineal a los modos de producción: el molino de brzo corresponde al feudal, el de vapor al capitalista.

²³ Y es que el fetichismo jurídico acompaña al fetichismo capitalista.

reino de la libertad...; sólo que -faltaba añadir- con un equipo de tecnócratas, también socialistas de Partido Unico, cuya tarea consistiría en contar, como se cuenta la proliferación de cangrejos, las fuerzas productivas ya socialistas. El marxismo se transforma curiosamente en cibernética de Estado.²⁴

Un tercer aspecto, que reabsorbiendo los dos anteriores los prolonga, lo constituye la puesta en movimiento del reduccionismo ontológico historicista en la dialéctica materialista.²⁵ A la contradicción que supone la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción se le asigna el primado al primer conjunto como si su desarrollo aconteciera con una exterioridad, independiente de la valorización capitalista. La Historia, de acuerdo a esta concepción, se reduce a un principio único originario en donde, a través de distintos movimientos expresivos en espiral, cristalizan la plenitud del Origen. El Espíritu Absoluto del idealismo alemán hegeliano, transmutado al Individuo Concreto del Marx feurbachiano, encuentra su sitio en la Tecnología igualada a principios y fin. El devenir histórico se eleva así a la lucha de la técnica por doblar la naturaleza.

En suma, los tres aspectos mencionados como componentes de un marxismo equiparado a una teoría de las fuerzas productivas (i.e. fetichismo de la ciencia, neutralidad de las fuerzas productivas, igualación de estas últimas al sujeto de la historia) han opacado la posibilidad de una lectura política del desarrollo tecnológico; lectura imprescindible y que las luchas ecológicas mismas anticipan programáticamente.

3. ¿Adios al proletariado?

Un tercer obstáculo del marxismo en el esquivo de la cuestión ecológica radica en lo que denominaremos el obrerismo. El término mismo se presta a equívocos. Dentro de la concepción leninista el obrerismo y sus variantes iluministas ocupa un lugar estratégico en las relaciones lógico-históricas que Lenin mismo establece entre clase-conciencia-intelectuales revolucionarios-partido. Al interior de esta lógica el obrerismo se iguala a la inmadurez o parcialidad de la conciencia obrera -diríase tradeunionista- que no accede a objetivar con plenitud sus intereses contradictorios clasistas. No es esta la acepción en la que nos amparamos. La historia política de los consejos obreros ha demostrado una y otra vez el carácter regresivo de la visión bolchevique y su

²⁴ Cf. B. Chavance, op. cit.; para uno de los teóricos que expresa muy bien esta corriente véase, de O. Lange, *Political Economy*, Pergamon Press, Oxford, 1963.

²⁵ Cf. Ch. Bettelheim, "A propósito del marxismo de Mao", *Il Manifesto*, Era, México, 1973, p. 202.

concentrado teórico burgués.²⁶ Utilizamos el término en un sentido más restrictivo, aunque íntimamente relacionado con los otros dos obstáculos (i.e. vida cotidiana y "teoría de las fuerzas productivas"). El obrerismo nos remite a plegar exclusivamente la contradicción entre trabajo y capital al proceso de trabajo, soslayando su extensión al conjunto de la sociedad. La conflictualidad proletaria, amparada su extensión primero por el proceso del capital total y, segundo, por los procesos de reproducción ampliada de la fuerza de trabajo, no es representable en la conciencia estratégica del obrerismo. Es, de este modo, que los prolongamientos de reivindicaciones del asalariado en la vida cotidiana debido, de un lado, a las contradicciones específicas que allí se gestan y, del otro, a la reducción del valor unitario de la fuerza obrera, no pueden ser retomados por las formas organizativas sindicales actuales, demasiado supeditadas o arrastrando aún formas reivindicativas de figuras obreras en declive.²⁷

III. Por una ecología social.

Si los obstáculos mencionados anteriormente en el seno del marxismo son rectificadas, ¿cuál es la posible lectura del problema ecológico en lo que releva específicamente a lo que mencionamos como el umbral crítico del modo de producción capitalista en su relación con la naturaleza y con la ecología social?

En el plano formal, el modo de producción capitalista es el primer modo de producción de reproducción ampliada. Esto supone, como tendencia, dos aspectos: primero, un incremento progresivo de capital fijo y circulante (e.g. maquinaria, útiles, energía, materia prima, fuerza laboral) combinado con inversiones tecnológicas que las aparejan; y, segundo, una ampliación del régimen del asalariado en renglones previamente organizados bajo lógicas precapitalistas. Todo lo anterior con el fin de lograr una mejor explotación del asalariado. Tal reproducción ampliada de los términos del capital supone una serie de efectos en relación al problema que nos ocupa; la ecología natural y social, de las cuales desglosamos algunos brevemente.

- 1) Los ciclos de reproducción del capital total (producción-circulación-consumo) -voraces como son- no coinciden con los ciclos de reproducción de la naturaleza. El "préstamo", usura o robo que le hace

²⁶ Cf. M. Brinton, *Los bolcheviques y el control obrero*, El Milenio, 1980; Mónica Threlfall, "Del control obrero a la dirección de un sólo hombre", *Zona Abierta*, 14-15, 1978; R. Alejandro, "Apuntes críticos sobre el Bolchevismo", documento policopiado, 136 pp.

²⁷ Nos referimos al obrero profesional o de oficio, figura obrera de un orden técnico en extinción; véase de J. -P. de Gaudemar (ed.), *Usines et ouvriers*, Maspero, Paris, 1980.

el capital al medio ambiente -préstamo gratificado en sendas ocasiones por su gratuidad: agua en afluentes para procesamiento, minerales- no es recompensado por el ritmo de reproducción del sistema natural, amputando así un ciclo de vida orgánica o inorgánica.²⁸ El objetivo inmediato del capital, montado en la lógica del beneficio, no prevé este costo "natural", en algunos casos irreversible, dejándolo como pesadilla a resolver por generaciones futuras.

- 2) Los requisitos de la ley del valor-trabajo²⁹ supone una relación de control del espacio-tiempo de producción a los fines de la valorización capitalista. El control del primer aspecto, del espacio, corresponde al primer estadio del capitalismo mediado por una infraestructura en donde la figura histórica de la vía férrea ejemplifica la supeditación espacial.³⁰ El tiempo de rotación del capital queda congelado como categoría histórica a supeditar en su segundo estadio, el monopólico, pero, especialmente, en la fase ascendente del Estado Keynesiano. "Ganar los mercados" en este sentido no es otra cosa que la búsqueda veloz de la realización del valor de la mercancía, en donde su valor de uso no es más que su soporte. De este modo, la aceleración del ciclo de rotación de las mercancías, particularmente de bienes de consumo de masa (e.g. enseres domésticos, cachibaches de toda especie, automóvil y derivados) se activa bajo una serialización mercantil que provoca variaciones de "lo mismo" mediante el diseño industrial, a su vez, fuertemente complementado por el sistema publicitario. Estos dos aspectos, serialización particularizada y publicidad, son englobados como parte de la obsolescencia planificada del producto, de suerte que el promedio de utilidad de la mercancía descansa en un lapso breve de vida con el propósito de continuar el ciclo. Si la variable anterior que consagra la contradicción estructural entre ciclo ecológico y ciclo económico capitalista constituye el "piso" del umbral catastrófico, la segunda variable que evocamos aquí constituye una especie de "superestructura" que profundiza coyunturalmente la ruptura entre

²⁸Cf. André Gorz, *Ecologie et Politique*. Ed. du Seuil, París 1978, pp. 32-33; G. Dutrey, G. Lambert, *Crisis económica y ecología*, Colección Amigos de la Tierra, Ed. Maraguano, Madrid, 1980.

²⁹ Requisitos que se cifan estrictamente al doble engranaje que comanda la explotación capitalista: competencia entre capitales forzada por la lógica del trabajo socialmente necesario y, segundo, desposesión *progresiva pero permanente* del proceso de trabajo del productor directo.

³⁰ Cf. Pierre Philippe-Rey, *Les Alliances de classes*, Maspero, París, 1973, pp. 129-31. Para la relación entre urbanización y acumulación véase, de Jean Lojkine, *Le marxisme, l'Etat et la question urbaine*, PUF, París, 1977, pp. 124-58.

el ritmo de reproducción de la naturaleza y el aumento de la basura mundial producida, sobre todo, por las multinacionales, es decir, por el capital imperialista.

- 3) Un problema adicional vinculado al problema de la rotación de la mercancía tiene que ver estrechamente con la salud ciudadana como parte de la ecología social. La solvencia concurrencial de los capitales va a la par con un alto volumen de producción que baje el valor unitario de la mercancía, a su vez subordinado a los grandes desplazamientos o conservación del producto entre el espacio de producción y de su consumo inmediato. La lógica del tiempo de rotación, como parte de la posibilidad de valorización, integra, sobre todo a partir de las últimas tres décadas, la rama de la producción química: hormonas en el crío de ganado o en la producción avícola o, en fin, colorantes y conservadores. El primado para el capital del volumen de producción bajo reducción del valor unitario del producto porta pues, una depreciación ineluctable del valor de uso con efectos desastrosos en la salud ciudadana.
- 4) El automóvil, encanto de cinderela nocturna y limón agrio diario diurno en el laberíntico tapón fenomenal. Una lectura materialista del automóvil tiene necesariamente que concebir tres elementos que lo integran: su valor de uso, su valor de cambio y su valor simbólico. Ninguno de estos tres elementos debe ser priorizado en preeminencia del otro, sobre todo porque éste ha sido uno de los ejes claves en el capitalismo actual que ha permitido acelerar la fusión entre modo de producción y modo de consumo mediante una división funcional y específica del espacio. Mercancía piloto desde el período de Ford en los años veinte, su masificación conlleva el ridículo de la pérdida simultánea de su valor de uso al igual que su prestigio. Fetiche sexualizado publicitariamente por el poderío de su velocidad³¹, el embotellamiento cotidiano, que en Puerto Rico toma ya visos de desastre nacional, lo echa cada vez más al zafacón de la historia de objetos inútiles. Más de una razón asienta en el carro la crisis del modo de producción y del modo de consumo que lo apareja en relación con la naturaleza. Las tres variables evocadas anteriormente aplica aquí para este "bien" cuyo prodigio y prestigio se sostiene en un ciclo de rotación cada tres años, al menos hasta muy poco. El desarrollo de espacios especiales para este medio individualizado de locomoción (e.g. autopistas, carreteras, elevados, estacionamientos) penaliza la ecología social y natural en más de un sentido. La social. Primero,

³¹ Cf. Ivan Illich, *Energie et équité*, Seuil, París, 1973; A. Gorz, op. cit., p. 77.

irrumpiendo en una socialidad en el movimiento de la gente por el carácter atomizado del carro; segundo castigando y socavando otros medios alternos de transporte no fácilmente subordinables a una lógica de valorización capitalista; tercero, incrementando las tasas de accidentes y muertes en la circulación automotriz, sumado al aumento de enfermedades de "civilización" debido a los gases contaminantes que emanan de los motores. Ecología natural: el ciclo expansivo del automóvil y la infraestructura que lo acompaña acarrea graves costos de destrucción de áreas verdes. No obstante el soberbio volumen de infraestructura necesaria en carreteras, su rápido deterioro mantiene en vela permanente el presupuesto estatal. Por lo demás, la política urbano-regional del gobierno respecto a este engorroso problema sigue fielmente y servilmente los designios del capital monopólico. El costo burgués de la subversión de este medio de transporte parece ser muy grande. Compromete particularmente el tipo de urbanización capitalista que ha aflorado en los últimos treinta años. Dicha organización espacial sella una relación triangular entre centro de trabajo, "shopping center" y residencia en extremo funcional para el capitalismo.

- 5) El modo de producción capitalista, observado esta vez desde el prisma de la unidad económica (fábrica) sólo toma netamente en consideración la acumulación específica de la empresa, obviando y no asumiendo los costos sociales y, añadiríamos, naturales irreversibles de la acumulación del capital. Es el deterioro de lo social o del medio ambiente lo que el ecologista llamaría la contraproductividad propia del sistema industrial contemporáneo.³² Estos costos de reproducción propios de la "contraproductividad" no son asumidos por el funcionario del capital individual -por el burgués- por la misma razón que no es asumida la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo (e.g. escolaridad, salud, vivienda, pensiones): son gastos que no crean directamente valor, plusvalía propiamente. Son, sin embargo, asumidos estos gastos por lo que Engels denominaría el "capital ideal", es decir el Estado.³³ Su asunción se contempla no en lo

³² Las contraproductividades pueden constituir desde el descenso en la tasa de circulación automotriz debido al incremento en el volumen de autos o la contaminación de una farmacéutica de las aguas y el aire de la comunidad.

³³ Cf. Joachim Hirsch, "Éléments pour une théorie matérialiste de l'Etat", J.M. Vincent (compilador), *L'Etat contemporain et le marxisme*, Critiques de l'Economie Politique/Maspero, París, 1975; John Holloway, Sol Picciotto, "Capital, Crisis and the State", *Capital & Class*, verano, núm. 2, 1977; Nicos Poulantzas, "Les transformations actuelles de l'Etat, la crise politique et la crise de l'Etat", *La crise de l'Etat*, PUF, París, 1976.

inmediato, sino sólo en el momento en que se abren fisuras previas al umbral crítico en el modo de producir y de consumir, tanto en la incapacidad de restitución de la fuerza de trabajo como en la incapacidad de renovar la naturaleza. Mientras tanto, la elasticidad del tiempo que resta entre la contraproductividad y su umbral crítico es, por regla general -regla histórica- asumida por el proletariado en lucha o por la generalidad de las capas subalternas concernidas por sus condiciones de reproducción en la vida cotidiana. En el período actual, y sumado a la crisis y transformación del Estado Keynesiano, una vez este último interviene, lo hace a remolque de los efectos de la contraproductividad. En este sentido, la destrucción del medio ambiente se hace patentemente irreparable e irreversible.

- 6) En fin, si el Estado capitalista cortocircuita la rotación del capital a fin de garantizar equipamientos que restituyan las condiciones de producción, tales como autopistas y carreteras, no es menos cierto que esto lo hace desplazando la contradicción principal. Tal es el ejemplo de la política de carreteras: aumento del asfalto, ampliación del control policiaco. Si este aspecto es interno a la propia política del Estado capitalista, un segundo aspecto -irreconciliable a largo plazo- para asumir daños irreversibles de la naturaleza tiene que ver singularmente con la ampliación de un trabajo improductivo que no genera plusvalía pero que, en cambio, absorbe sobretrabajo captado originariamente por el capital.

Estos seis aspectos, apenas esbozados aquí, nos aproximan someramente a los componentes del umbral crítico del modo de producción articulado con un modo de consumo aún en curso. Sus contenidos que entrelazan una crítica ecológica a tono con el marxismo expurgado de su pasado productivista bastarían para señalar lapidariamente que *la elección ecológica es necesariamente incompatible con la racionalidad capitalista*. Si esta proposición se sostiene en su generalidad, ello quiere decir que el movimiento ecologista portaría en embrión virtualidades anticapitalistas. Veamos entonces a continuación cómo se desprenden este tipo de virtualidades.

IV. Vida cotidiana y multiplicación de los sujetos revolucionarios

A todas luces la crisis del umbral crítico del modo de producción capitalista respecto a las condiciones de explotación de la naturaleza salta en las luchas ambientales -puntuales, esporádicas y disgregadas- y en lo que sería la continuidad recurrente de éstas, en el movimiento ecológico. Al igual que con el movimiento feminista contemporáneo, el movimiento ecológico plantea también una gama de interrogantes que se transforman, de un lado, en pesadilla para el Estado burgués y, del otro, en

manejo de sospechas sombrías para el marxismo más ortodoxo. Para éste último, las sospechas quedan animadas por la noción del sujeto-clase de la historia que sustenta; segundo, por la composición del movimiento y de su ideología; y, tercero, por la forma-partido que esta versión del marxismo aún vehicula como correa al cinto de nuevas modalidades de la política que no se ciñen fácilmente a su grosor. Aquí también quisiéramos desarrollar algunos de estos aspectos con el propósito de desbloquear parte del terreno que nos ocupa, manteniendo como elementos de validación empírica algunos de estos movimientos desarrollados recientemente.³⁴

1. El marxismo ventrílocuo o los actores se quitan las máscaras

El actor de teatro popular entra en escena y, entre pases, movimientos, y gesticulaciones graciosas o grotescas acompañadas de sus discursos vehicula meticulosamente un texto con sus líneas de fuga para así, y en su momento, despojarse de las máscaras y comprometer activamente a su público-también-actor. Entre el actor que representa la ausencia y la presencia no hay univocidad, tampoco linealidad sino, más bien, un proceso articulatorio de mediaciones que definen y redefinen la individualidad del acto y de su portador; es decir, su determinación por la ausencia y, al unísono, su carácter irreductible. El actor en ese caso, al igual que los agentes y los movimientos sociales, no son simples marionetas parlachines de ventrílocuos ocultos. En este sentido, las luchas sociales - como parte de la lucha de clases- *no solamente no expresan* un sujeto-originario-clase, en donde lo expresado se identificaría a lo irreal y lo expresante a lo real transparente.³⁵ Mas bién, las luchas sociales

³⁴ Neftalí García, "La izquierda y la organización comunal", junio, 1984, documento policopiado, 15pp.; M. Castells, *Luttes urbaines*, Maspero, París, 1975; Jordi Borja, *Movimientos sociales urbanos*, SIAP, Buenos Aires, 1975; Mauricio Marcelloni, "L'Italie: un modele?", *Autrement*, núm. 6, sept., 1976; Fritjof Capra, Charlene Spretnak, *Green Politics*, E.P. Dutton Inc., Nueva York, 1984; Chantal Mouffe, "Towards", Sakari Hanninen, Leena Paldán (eds.), *Rethinking Marx*, International General, Nueva York, 1984; Joachim Hirsch, "Between Fundamental Opposition and Real Politik: perspective for an alternative parliamentarism", *Telos*, núm. 56, verano, 1983; Ferenc Feher, Agnes Heller, "From Red to Green", *Telos*, núm. 59, primavera, 1984; John Keane, David Held, "The Welfare State and the Future of Socialism: an interview with Claus Offe", *Telos*, núm. 58, invierno, 1983-84; J. Hirsch, "The Fordist Security State and New Social Movements", *Kapitalistate*, núms. 10-11, 1983.

³⁵ El concepto "determinación estructural de clase" junto con los de "situación de clase" y "posición de clase" de Nicos Poulantzas nos permiten comenzar a avanzar en esta dirección (pero sólo comenzar), véase "Introducción", *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, México, 1976. La prioridad de las mediaciones y de su proceso articulatorio es igualmente comenzado a ser abordado por Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, New Left Books, Londres, 1977.

rearticulan, transformadamente, sus determinaciones clasistas junto con la especificidad del terreno que las anima (e.g. lo ecológico, el feminismo). Lo contrario es propio del marxismo reduccionista en todas sus variantes. Presidido por una concepción teleológica, finalista, de los procesos sociales y, por tanto, acientífica, la recurrencia de este marxismo (el cual, a su vez, ha comprometido desastrosamente en más de una ocasión el tratamiento teórico-político de la cuestión nacional, del populismo, del fascismo) promete aún embolsillarse el problema ecológico y la constitución de su movimiento a un fenómeno (i.e. epifenómeno) ventríloco del Principio Unico reduccionista que lo cimienta: la clase. No que la clase o, en el lenguaje del marxismo revolucionario, la lucha de clases, haya dejado de ser importante en las nuevas luchas y movimientos sociales; el problema es otro. Primero, el tratamiento del concepto mismo de la clase, particularmente de su lucha. Segundo, la lógica causal contenida en su materialización circunstanciada.

Los efectos políticos que se desprenden del acercamiento a este problema son, en más de un sentido, urgentemente importantes. Pueden, harto simplificado, recogerse en la siguiente interrogante: ¿cómo el proletariado puede presentar su interés clasista estratégico como el interés de la sociedad en general? La interrogante lleva implícita o arrastra toda una serie de polémicas en la historia del marxismo mismo; polémicas que delatan varios posibles, algunos de ellos traducidos históricamente con fracasos. Mencionamos tres de estos posibles. Primero, que la virtualidad y/o actualidad anticapitalista se haya concentrada en un sujeto construido apriorísticamente, en donde los demás sujetos (e.g. las mujeres, los envejecientes, la cuestión campesina, la nación, el problema de la pequeña burguesía, la ecología) se subordinan al primero y son concebidos tácticamente como simples sujetos secundarios. Segundo, que aún arrancando del sujeto construido por adelantado, los otros protagonistas pueden ser concebidos estratégicamente pero, con la salvedad, de que el depositario de la virtualidad anticapitalista por excelencia lo seguiría siendo el primer sujeto.³⁶ Tercera posibilidad: ruptura con la construcción a priori del sujeto-clase que, primero nutre la concepción de una sola virtualidad anticapitalista "hasta el final" en el proletariado y, segundo, que no toma en cuenta los procesos de transformación del régimen del asalariado, ni en la fábrica, ni en la vida cotidiana.

³⁶ Este es el caso del trabajo de André Gorz, *Adiós al proletariado* en donde, queriendo resolver el reduccionismo marxista, lo desplaza en su contenido (la "anti-clase") y no en su forma; forma que sigue aferrada en Gorz a su tradición historicista hegeliana; véase, *Adieux au prolétariat, Galilée, París, 1980.*

La primera posibilidad, instalada en la ortodoxia del reduccionismo marxista y traducida históricamente en la debacle del movimiento comunista internacional, configura la lógica de clase contra clase. La segunda, con varios visos de apertura, sigue demasiado aferrada al reduccionismo corregido, esta vez, por una vuelta a Gramsci - particularmente incorporando su concepción de la hegemonía-³⁷ y, aunque abierta a una concepción de las alianzas de clases, graciosamente liberal incorporando sectores burgueses, escamotea la especificidad de las luchas sociales y, en ellas, el carácter actualmente extensivo de la conflictualidad proletaria. ¿La tercera? La tercera posibilidad nos precipita abiertamente ante la caja de pandora de la crisis-rectificación del marxismo mismo, de su teoría y de su política.

Intentemos pues, volver a la interrogante inicial, leyéndola esta vez desde el bastión de la tercera posibilidad; interrogante que supone la correspondencia entre la lógica proletaria y la lógica de "la sociedad"; o, en otros términos, la correspondencia entre la lógica de la lucha de clases y de las luchas sociales, entre ellas el ecologismo. O, aún, se trata de la búsqueda de la correspondencia entre el interés proletario y los intereses de las clases, fracciones y capas subalternas en la "escena ecológica". Para dar cuenta de esto es preciso apuntalar el lugar de estas luchas en la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo y en la reproducción de las relaciones sociales de producción.

Una de las características sociales de los movimientos y luchas ecológicas es su componente pluriclasista, es decir, la presencia contigua de varias clases sociales y sus correspondientes fragmentaciones internas. Pero el carácter pluriclasista está a su vez -y esto es un segundo componente-inscrito en una lógica de lucha que no es obrerista en su acepción clásica.³⁸ La lucha obrera corporatista; el fabriquismo y su culto

³⁷ Para una trayectoria del concepto de hegemonía retomado por Gramsci de Lenin, véase, de Perry Anderson, *Sur Gramsci*, Maspero, París, 1978 (*New Left Review*, núm. 100, noviembre, 1976). Para un intento gramsciano de izquierda de hacer más elástico el concepto a las luchas sociales actuales véase, de Christine Buci-Glucksmann, "Crisis de hegemonía: revolución pasiva y nuevos sujetos", *El Viejo Topo*, num. 47, agosto, 1980.

³⁸ "...los nuevos movimientos sociales se definen, primero y sobre todo, en referencia al hecho de que estos se organizan en una perspectiva progresista que no se centra en la cuestión obrera, así como en relación al hecho de que el principio organizativo no descansa en un fundamento de clase; que son interclasistas, o - más específicamente - a clasistas", Thomas Heilmann, "New Social Movements and the Transformation of Politics", S. Hanninen, L. Paldán (eds.), op. cit., p. 144 (nuestra traducción). Aunque no compartimos del todo el planteamiento de la exterioridad absoluta ("a-clasistas") del movimiento social respecto a la lucha de clases.

productivista de las fuerzas productivas del capital quedan, todos, excluidos del escenario de la lucha ecologista. La naturaleza pluriclasista del movimiento -y éste es un tercer aspecto- no se haya supeditada a la lógica estrecha de la clase en su relación a la división social del trabajo sino, más bien a la lógica del modo de consumo y de la división social del espacio que lo acompaña. Si bien es cierto que existen notables diferencias entre la lucha que llevarían a cabo los residentes de una urbanización bajo predominio de una pequeña-burguesía privilegiada y aquellos ciudadanos de una comunidad bajo predominio del proletariado y subproletariado urbano, importa destacar *la tendencia a la fusión -diferencial-* de clases, fracciones y capas dominadas al modo de consumo capitalista, a su especificación espacial que es su base y a las contradicciones que se manifiestan en sus efectos. El mismo movimiento del capital y del Estado dirigido a la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo, homogeniza el problema ecológico a todas las capas subalternas, cerrando los poros de diferencia clasista (*sin abolirlos*) en la esfera del modo de consumo. Así, no es que la diferencia clasista se borre o se diluya en la vida cotidiana. Lo que sí sostenemos son dos cosas: primero, que la conflictualidad proletaria entre el capital y el trabajo en el propio proceso de trabajo se hace extensiva a toda la llamada sociedad civil mediante el avasallaje del modo de consumo por el modo de producción; y segundo, que esta extensividad ameniza virtualidades anticapitalistas entre una serie de actores inscritos en las contradicciones del espacio ecológico. Pero, justamente, estos dos aspectos significan que no se puede forzar la lucha ecológica a un carácter reductiblemente clasista que esquiva los procesos integrativos actuales y su crisis entre modo de producir y de consumir.

Con estos elementos se hace más patente el vínculo estrecho del movimiento ecológico con un modo de consumo en descalabro como manifestación del umbral crítico del modo de producción y, más específicamente, de la división capitalista del trabajo que lo acompaña: el fordismo. En la medida en que el fordismo se sostiene, por una parte, mediante un tipo de integración entre el modo de regulación estatal (reproducción económico-social e ideológica de las relaciones sociales de producción), por otra parte, el modo de consumo (reproducción altamente socializada de la fuerza de trabajo) y, por último, la modalidad del proceso de trabajo que le corresponde (línea de producción de masa que depasa el taylorismo absorbiéndolo también), el movimiento ecológico y la cuestión ecológica son indicativos de una crisis larvada de hegemonía burguesa o, en otras palabras, una crisis entre el sistema de acumulación y el sistema de legitimidad estatal actual.

2. Tendencias ecologistas y crisis larvada del Estado.

Los procesos integrativos, de socialización³⁹ -diríamos del modo de consumo- se hallan íntimamente entrelazados por la política económica y espacial (urbana y territorial) del Estado. De suerte que si, tácticamente, las luchas ecológicas tienen su carácter singular en función de la contradicción inmediata que las rige, en otro plano, en uno estructural, estas se ubican en el terreno estratégico del Estado burgués, definiendo potencialmente el horizonte de sus prácticas en contra del mismo. Se desprende de este carácter estructural varias inflexiones anticapitalistas y antiestatalistas que numeramos a continuación.

- 1) Primero, el movimiento ecologista coloca en cuestión la lógica centralizante del Estado capitalista, tanto en su carácter local, regional o nacional -cuando este último se subordina al Estado metropolitano.⁴⁰ La necesidad integrativa del Estado capitalista de los circuitos de intercambio mercantil (mercancías y fuerza de trabajo), de la implantación industrial, de la regulación de los procesos extensivos de reproducción laboral (e.g. funcionalización espacial del ocio) veja todo poder vecinal, comunal, municipal o regional ante el ciclo impositivo monopólico; ciclo del cual deriva su hegmonía la fracción monopolista de la burguesía, tanto en la producción como en la reproducción.
- 2) El movimiento ecológico desborda la identidad burguesa entre la política y el Estado, colocando en aprietos el modo dominante de hacer la política, el escenario de su realización, así como los políticos profesionales que la monopolizan. La crisis en el modo de consumo en su relación con la "naturaleza", como parte de la crisis integral del umbral límite del modo de producción, acarrea, paralelamente, una crisis en la función de unidad del Estado; sobre todo porque este último, vía su intervencionismo, cumplimenta un carácter cada vez más importante en la vigilancia de la regulación del proceso de acumulación. Así, la escena espacial se troca abiertamente en escena política. El político profesional burgués formado al calor del período heróico de la burguesía y desprovisto cada vez más de mecanismos efectivamente negociadores debido a la presencia del Estado Keynesiano, sólo le restan implementaciones tutelares de la lucha ecológica como frágil garante de la conciliación. Aún con este útil de

³⁹ Así como el capital impulsa la socialización de las fuerzas productivas en la fábrica, también impulsa la socialización de éstas en la reproducción.

⁴⁰ Sobre las municipalidades véase el trabajo de M. Castells, "Crisis urbana, cambio social y poder municipal", *Crisis urbana y cambio social*, Siglo XXI, México, 1981.

implementación de la dominación -un tanto retrógrado en relación a las necesidades sociales de la población- la crisis en la ejecución de la dominación es larvada; y difícilmente resoluble en términos civilizadamente parlamentarios por los "perros guardianes de la burguesía". Muestra de ello son las opciones muy poco elegantes de tipo coercitivo como medida inmediata de restitución de la contradicción a su momento originario. Ello, a su vez, tiene su basamento en el hecho de que el político profesional burgués se forma con una visión de la política de tipo instrumental. En el momento en que la naturaleza arriva a su límite crítico, su carácter instrumental lo pierde y su tratamiento se convierte para la población que experimenta sus efectos contradictorios en fin en sí mismo. La política es mercadeable como instrumento por el político de profesión como las mercancías lo son igualmente acorde con la lógica del valor y su homónimo, el capital. La naturaleza, en su límite crítico y como área vital de reproducción comunal, no es mercadeable.

- 3) La cuestión ecológica denota igualmente una crisis en el bloque en el poder -en las fracciones burguesas que actualmente lo componen- y en la relación del bloque en el poder con las clases subalternas, llevando al Estado capitalista a la pérdida de la ideología de su neutralidad. Si los procesos integrativos del Estado -económicos y sociales- coligen con un proceso intervencionista de cinco décadas, toda contradicción que surge en el modo de consumo -en la vida cotidiana- se presenta, en un primer momento, como contradicción puntual (e.g. contaminación de una fábrica, deshechos químicos) y, en otro, como una de orden estructural que la sobredetermina (e.g. la regulación estatal). El viso de la neutralidad que vehicula la Administración Pública a la sociedad civil queda abiertamente en entredicho por su estricta relación con el circuito de acumulación. Otro problema releva de lo que sería la expansión ciudadana concomitante a la expansión del capital. Si los derechos ciudadanos (e.g. sindical, libre expresión, libre organización) se montaron sobre el sustrato material de la esfera de la circulación mercantil que agiliza la constitución de los seres humanos en tanto individuos libres-iguales portadores de virtualidades de contractualización de su posesión (i.e. fuerza de trabajo o capital), el Estado burgués se agenció variados formatos de dominación a fin de cooptar-neutralizar las reivindicaciones provenientes de esta esfera (e.g. parlamentarización de la política mediante el político profesional, regulación de la lucha obrera por el burócrata sindical). No obstante, con la expansión del modo de consumo capitalista se hincha paralelamente el reclamo ciudadano en áreas de la vida cotidiana no previstas por el capital y el

Estado que lo sostiene. Queda abierto pues, un ciclo de luchas en un espacio que constituye una incógnita desesperante para la dominación burguesa.

- 4) El potencial anticapitalista se presencia por los contenidos reivindicativos: servicios sociales no contaminantes, ocio de masas, derecho a la vida frente a la posibilidad del holocausto nuclear, derecho al espacio comunal. Se trata de elementos pre-programáticos que colocan, *en tanto tendencia*, agendas exteriores a la lógica de la valorización capitalista y al Estado de seguridad tecno-nuclear. Los valores de uso exigidos se comprometen como parte integral de un derecho ciudadano y en función de las necesidades de la comunidad frente a un Estado desfasado por su crisis.
- 5) Por último, su anticapitalismo en estado práctico coloca en cuestión la relación entre el trabajo socialmente necesario y la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo vía el salario social. Esto amenaza con conducir a una puesta en riesgo de la ética productivista del trabajo - componente esencial de toda crítica ecologista- a favor de la autovalorización ampliada del proletariado.⁴¹ Autovalorización, en donde prima el valor de uso antiprodutivista que porta cada miembro de las clases y capas dominadas. La reproducción de la fuerza de trabajo en su carácter ampliado se haya presidida de un tiempo de reproducción cotidiano para el capital, adicionada a la búsqueda de tiempos libres que rigen la construcción de una autonomía de clase y de masa no funcionalizada por el Estado y el capital. La ampliación del tiempo libre frente al tiempo de reproducción (los dos como efecto de la descalificación del asalariado) constituye así un combate de legitimidades de vida cotidiana. Esto último, sumando a la población que se identifica con el ejército industrial de reserva reintegrado vía el salario social promete una fusión insospechada y explosiva en el desenlace del productivismo capitalista (pero también "socialista").

3. Uno se divide en dos.

Sin embargo, aún con los elementos apuntados aquí, indicativos de la radicalidad potencial del movimiento ecológico en tanto movimiento social, es preciso hacer observar la coexistencia en el seno del movimiento de dos tendencias, en algunos casos posibles, en otros actuales; tendencias correspondientes a la crisis-reestructuración del monopolismo.

Las dos tendencias que mencionamos, un poco de manera formal y forzada, ilustran todo movimiento de la dialéctica. Uno, es decir el movimiento y su unidad, se divide en dos, esto es las tendencias

⁴¹ Cf. Antonio Negri, *Dominio y Sabotaje*, op. cit., pp. 75-123.

contradictorias que asisten al movimiento. La unidad y su división se opera, por una parte, mediante la articulación de las contradicciones internas (e.g. composición de clase, de masa, umbral organizativo) y, por otra parte, mediante las contradicciones externas (e.g. terreno específico de la lucha de clases en la escena política, lugar de los aparatos de Estado).⁴²

La primera tendencia se define como "modernista" pero, en rigor, se trata de una tendencia regida por un filón retrógrado y, en lo potencial, reaccionaria, la cual presidirá -creadas las condiciones de recomposición burguesa- una suerte de "tecnofascismo" o tecnocracia ecologista no muy distante de 1984.⁴³ La segunda tendencia se define como anticapitalista. el horizonte de acción de la primera tendencia se subraya por su capacidad no meramente integrativa, puesto que se trata de una situación de crisis larvada del Estado y de la reestructuración de la división capitalista del trabajo, sino de "modernización" de lo político (el Estado, sus aparatos). La composición de clase de esta tendencia se alimenta, primero -particularmente en las periferias industrializadas- de una pequeña-burguesía de nuevo cuño que no encuentra salida en el sistema político actual y que se haya en abierta crisis de apoyo al capital monopólico.⁴⁴ Este sector de clase se encuentra secundado por una fracción de la burguesía autóctona, menos móvil territorialmente y, en algunos casos con carácter regionalista. Pero, qué quiere decir exactamente "modernizar lo político" para esta tendencia. Por una parte, se trata de hayarle a estas dos fracciones de clase, particularmente a la primera, un umbral organizacional que no pase por las formas clásicas de representación política en crisis larvada. Por otra parte, se trata de encontrar una inserción -cabalgando sobre el mismo carácter genuino de masa de las reivindicaciones ecologistas- en un sistema político que cada vez más se confunde con el sistema social de reproducción de las relaciones sociales de producción; confusión o imbricación, forzada por la zapata keynesiana. En otros términos, las mismas intervenciones "económicas" del Estado dirigidas tanto a la restitución laboral como a la reproducción de las condiciones de su legitimidad, minan las bases de lo político del período liberal y de la primera fase del momento keynesiano llevando, por

⁴² Cf. Mao Tse Tung, *On Contradiction*, International Publishers, Nueva York, 1953.

⁴³ Cf. A. Gorz, *Ecologie et Politique*, op. cit., pp. 114-128 Tim Luke, "Informationalism and Ecology", *Telos*, núm. 56, verano, 1983; Hans Magnus Enzensberger, *Para una crítica de la ecología política*, Anagrama, Barcelona, 1974, p. 27.

⁴⁴ Nos referimos a una pequeña burguesía asalariada, de alta escolaridad e inclinándose a tareas de concepción en la relación entre trabajo manual-trabajo intelectual.

consiguiente, al patíbulo de la historia tanto a la fracción reinante-mantenedora del Estado como a su personal político y su figura más excelsa, el político "de oficio".

Si bien es cierto que el reclamo de esta primera tendencia tiene efectos prácticos de poner en cuestión -de cierta manera- el modo dominante de hacer la política debido a la forma actual del Estado capitalista (esto es en la medida en que se exige una "descentralización" de acuerdo a la comunidad, región, pueblo o municipalidad), su horizonte político queda hipotecado a meramente "corregir" los "justos" intercambios entre formas de reproducción-gestión de la fuerza de trabajo y de las relaciones sociales de producción; ello comandado por el carácter auxiliar que rige a la neopequeña-burguesía. Esta tendencia, implantada en la actualidad de la crisis política, vehicula un discurso de lo urbano y de lo ecológico que va desde el tecnocratismo de izquierda hasta el neo-populismo nacionalista, todo con el fin de que reinen en la escena social los expertos de la política burguesa transformada. La dificultad en detallar el umbral organizativo de esta tendencia descansa en la misma naturaleza de la crisis política, sumado al hecho de que se trata de la búsqueda de un espacio de representación no identificado a la social-democracia clásica. La inflexión organizacional de esta tendencia, que denominaremos neosocial-demócrata, radicaría en un civismo de la sociedad civil que dejaría harto distantes los sueños morales de las damas encopetadas de parroquia o los clubes de rotarios urbanistas.⁴⁵

¿Y la segunda tendencia? Se trata de una corriente anticapitalista nutrida por la masa de las luchas ecológicas y sus movimientos; es decir, por la base social popular sobre los cuales gravitan. Anticapitalista porque exigen, reclaman virtualmente, no solamente lo que portan en la inmediatez de la agenda,⁴⁶ sino sobre todo la lógica política de su provisión enfeudada a la lógica económica del capital. El anticapitalismo de esta tendencia se interroga, por una parte, el cómo se produce (e.g. puesta en cuestión de la división capitalista del trabajo y de sus fuerzas productivas), por otra parte, el qué se produce (su valor de uso) y, por último, bajo qué condiciones se produce (articulación supeditada del lugar de la vida comunal cotidiana y de sus transiciones espaciales a la lógica de la sociedad-fábrica). Anticapitalista también porque en los reclamos de sus luchas se levanta en la práctica la construcción virtual de un poder

⁴⁵ Esta tendencia parece hallar en Puerto Rico una salida provisional, sigilosamente y a regañadientes, que se inscribe aún en un terreno de formas organizacionales propias al sistema político presente: pensamos concretamente en el PRP y en apoyos ciudadanos diversos de la nueva pequeña-burguesía como, por ejemplo, el Comité No-Afiliados Pro Victoria.

⁴⁶ Valores de uso no contaminantes y conviviales.

autónomo, de democracia directa y autogestionario definido en contra del poder de clase-poder de Estado.⁴⁷

No obstante lo anterior, las experiencias recientes de estas luchas ecologistas demuestran que la profundización de sus inflexiones anticapitalistas gravita al calor de su articulación con la lucha de clases. Decimos esto en la medida en que esta primeras militan en conjunción con la otra tendencia. Hablamos, por de pronto, de luchas de clases y no de las formas organizacionales que asumiría esta doble articulación. Aunar esfuerzos en despejar este aspecto articulador no es fácil, nada más por la crisis misma de la forma-partido.⁴⁸ Aún así, con esta incertidumbre reforzada por la experiencia joven de estos movimientos, la articulación garantizaría -sin promesas definidas- un muro de contención en contra de toda tendencia modernista post-keynesiana cooptable por el Estado burgués.

4. Ideologías sociales y territoriales del movimiento ecologista.

El abanico de luchas y de movimientos ecologistas, los ejes inéditos que animan cada conflicto, parecen connotar una profusión de ideologías tan diversas como la pluralidad de capas sociales que las sostienen. El problema se obstaculiza con más vigor cuando parecemos hallar unas distancias entre las ideologías prácticas ancladas en la base social de las luchas y las ideologías teóricas que sistematizan y revelan la crisis que provocan estas experiencias. No empece, creemos encontrar líneas de continuidad, pedazos de ideologías articuladas e identificables en los temas, en los discursos, en los objetos del discurso ecologista. Exploramos algunas entre ellas, no sin antes arrancar desde el aspecto general de la crisis larvada de la ideología dominante que afecta, directamente, tanto la forma como el contenido de los discursos que evocan lo ecológico.

Dos formas generales de la crisis de la ideología dominante aparentan presidir los discursos y las prácticas ecologistas. Globalmente se trata, en una primera dirección, del resquebrajamiento del racionalismo burgués cuyas proposiciones identifican la Historia como proceso económico regulado sin contradicciones entre el tipo de relación instaurado entre el hombre y la naturaleza.⁴⁹ En una segunda dirección se trata de una crisis,

⁴⁷ El caso reciente más ejemplar lo constituyó, en Puerto Rico, Villa Sin Miedo; en Italia - y en una escala de proporción no comparable - el movimiento de autoreducciones de las tarifas de electricidad, cf. Marcelloni, op. cit.

⁴⁸ Cf. E. Balibar, "Interrogantes acerca del 'partido del estado' ", L. Althusser et. alt., *Discutir el Estado*, Folios Ediciones, México, 1982.

⁴⁹ Cf. E. Balibar, "Marxismo e irracionalismo", op. cit.; y Nicos Poulantzas, "La crisis de los partidos", *Le Monde Diplomatique*, septiembre, 1979.

particularmente en las formaciones sociales periféricas, de la regulación en la relación entre espacio y nación-Estado.⁵⁰ La primera forma de la incapacidad integradora de la ideología destaca un terreno móvil de perfil anticapitalista. La segunda dirección subraya otro campo connotado por elementos antimperialistas. Veamos algunos de estos aspectos comenzando por la primera forma.

- 1) La crisis del racionalismo burgués destila su contrario, el irracionalismo, que alimenta una buena parte de la recomposición de franjas de intelectuales que se suman a las filas del movimiento ecologista. Su inserción se nutre fuertemente del sustrato de la descalificación de tareas intelectuales de la cual ya estos intelectuales son objeto; alimentada -esta descalificación- por los procesos de desvalorización de los trabajos de concepción asignados a aplicaciones tecnológicas "hardware" en el proceso de trabajo a favor del capital.⁵¹ Esta descalificación no sólo opera en los puestos de trabajo sino que se experimenta ya en la misma distribución de los agentes por el aparato escolar-universitario.⁵² El contenido de su discurso es animado por la crítica al "cientismo", a la supuesta neutralidad de las ciencias naturales, a su utilización para fines explícitos de la acumulación o de la guerra. Igualmente, el contenido de este discurso desborda el problema de la ciencia para también arropar la tecnología. La inflexión ideológica más irracionalista pretende coligar los instrumentos o útiles de producción con su inservibilidad convivial, obviando la inserción de estos en las relaciones sociales.⁵³ En su forma, si bien este discurso provee elementos de crítica a los esquemas lineales del racionalismo, elevando como categoría primordial el carácter interrelacionado de los fenómenos naturales y sociales (sus imbricaciones sistémicas u holísticas), su crítica releva, en algunos casos, de una visión organicista y naturalista de la relación

⁵⁰ Cf. Alain Lipietz. *Le capital et son espace*, Maspero, París, 1977.

⁵¹ Cf. Benjamín Coriat, *Science, technique et capital*, Seuil, París, 1976.

⁵² En este sentido, en la medida en que el saber científico -que supone una relación al saber de clase (i.e. control de las facetas del proceso de producción) una crisis en este saber alimentada por los mecanismos que acarrea toda valorización capitalista y su incidencia en el proceso de trabajo intelectual, provee elementos de ruptura con el saber de clase y con la lógica de acumulación que lo sostiene.

⁵³ Tal es el caso de Ivan Illich por ejemplo, véase, de él, *Tools for Conviviality*, Harper and Row, Nueva York, 1973. Otra es la dirección de los trabajos de Murray Bookchin, entre ellos, *Tecnología y Anarquismo*, Ediciones Antorcha, México, 1984.

entre naturaleza y sociedad; facilitándole, en su momento, un conservadurismo tecno-político a la burguesía en crisis.⁵⁴

- 2) La crisis del Progreso reabsorbe paralelamente en el ecologismo franjas de la pequeña-burguesía asalariada y más subalterna, vía una ideología tecnocrática de izquierda. Fuertemente impregnada de un capital cultural en proceso de desvalorización, éste sector de la pequeña-burguesía lee el anticapitalismo como salida que restituya la valorización del trabajo intelectual *en la regulación del modo de consumo mediante una reestructuración del Estado*. La ideología estratégica de la "Gran Marcha" de esta fracción es una que opera mediante reclamos de una nueva forma de inserción en el Estado expansivo post-keynesiano. La interpelación ideológica proveniente de este sector dirigida a la base social del ecologismo se hace mediante mecanismos discursivos que aluden al ciudadano como participador activo en su vida cotidiana, sin que ello signifique una transformación radical.
- 3) Una ideología "comunalista" cuya sede es la masa de los movimientos atravesando indistintamente elementos del proletariado descalificado, del subproletariado y de la pequeña burguesía de ejecución. Esta ideología comunalista no se identifica, término a término, con la ideología pequeño-burguesa de la cotidianidad; simplemente porque la socialización de la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo mina este antiguo anclaje de esta ideología que los clásicos marxistas concibieron como nefasta para el proletariado.

La segunda forma general, las configuraciones ideológicas antimperialistas animadas por la porosidad, cada vez mayor, entre el espacio y la nación-Estado, supone varios desgloses. Estos se levantan en revuelo, de un lado, por el proceso que acompaña la internacionalización del capital en zonas periféricas y, del otro lado, por las geopolíticas que le siguen en remolque. Con estas dos lógicas conexas los aspectos espaciales quedan subordinados ampliamente a ellas. La defensa de "lo nacional" se traduce específicamente de modo diferencial como la defensa de la localidad, de la región o del territorio frente a los efectos dislocativos del capital internacional. Si este es el eje que centrifuga fragmentos ideológicos, éstos últimos no siempre encuentran un terreno común inmediato:

⁵⁴ Tales visiones organicistas no están a tono con los nuevos avances en las reflexiones en biología, véase, de Francois Jacob, *The Possible and the Actual*, Pantheon Books, Nueva York, 1982; y F. Jacob et. al., *Lógica de lo viviente e historia de la biología*, Anagrama, Barcelona, 1975. Para una crítica del arranque epistemológico organicista de estas concepciones véase, de Paul Q. Hirst, *Durkheim, Bernard and Epistemology*, Routledge & Keagan Paul, Londres, 1975, pp. 153-60.

- 1) Algunas ideologías se inscriben en la tradición mejorista (e.g. Fondo de Mejoramiento) del equilibrio reputado como existente anteriormente; virginidad mancillada de la tierra madre por el industrialismo rampante. Provée pues, esta configuración ideológica, elementos que entrelazan la pequeña-burguesía familista tradicional y un sector de la burguesía de carácter regional -por tanto autóctona- cuya trayectoria de clase, su ascendencia, sigue apegada de su pasado rural señorial.
- 2) Una ideología "comunalista" todavía muy local o, a lo sumo, regional, animada por la base popular de las luchas. Muy distante del civismo mejorista, su antimperialismo se centra en los efectos de la disolución de formas de producción comunitarias donde impera la cooperación simple (e.g. localidades de pescadores); o, en un segundo nivel, su antimperialismo logra anclaje en las contraproduktividades del capital monopolista; capital de alta contaminación pero, también, de alta movilidad territorial.

En suma, ambas direcciones de la crisis orgánica de la ideología dominante, primero, no son lineales y, segundo, no son el calco fiel de ideologías de clase. El "registro" de las contradicciones ecológicas sufre sí mediaciones clasistas pero circunstanciadas por las especificidades que acompañan su inscripción en la vida cotidiana en crisis. Por último, y no menos importante, un problema adicional para el bloque en el poder releva de la "novedad" de la cuestión ecológica en tanto problema socioespacial. Su carácter novedoso es indicativo de que los componentes de la clase dominante no se otorgaron un "aparato ideológico" en particular más allá de la centralidad estatal⁵⁵ para lidiar y reabsorber desplazamientos de contradicciones cuya fuente, sabemos ya, es la ruptura entre el "equilibrio inestable" de la naturaleza-modo de consumo y el modo de producción.

5. ...y Lenin contempla Madre Naturaleza

No es difícil ya divisar en qué resbala el marxismo históricamente constituido, no ya ante la cuestión ecológica tratada aquí de modo sumario, sino ante el mismo movimiento ecologista. Marxismo históricamente constituido, es decir el leninismo, su forma organizativa (el Partido), su personal político (el revolucionario profesional), su formato político interno (el centralismo democrático), estos elementos

⁵⁵A diferencia de otros aparatos (e.g. escuela, sindical, clubes) que permiten fijar una reproducción ampliada de los agentes en clases sociales acorde con la política del capital; y segregan, a su vez, sus sub-sistemas ideológicos respectivos.

que le son orgánicos, y sólo para mencionar algunos, entran en quiebra ante un escenario cambiante y seguramente incierto que evoca una nueva forma de hacer la política; ni burguesa, no protoburguesa como lo constituye la leninista.

Todavía aferrado a una estrecha visión de la conflictualidad proletaria, el leninismo, frente al ocaso del movimiento obrero tradicional y ante la crisis del militantismo obrerista que lo atraviesa, crée, en sus formas máx extremas, desplazando el sujeto revolucionario de modo provisional a las nuevas luchas sociales y,⁵⁶ entre estas, la ecologista.

Es esto último lo que denominamos el neoleninismo de las luchas sociales. Reconociendo el terreno pantanoso y movedizo en el cual estas luchas se inscriben, su registro se sigue haciendo acorde con la política anterior de tipo vanguardista y del monolitismo del sujeto revolucionario apriorístico. Si la incapacidad de este leninismo renovado coincide en tensiones y rupturas frecuentes entre organizaciones marxistas y aquellas otras orientadas al feminismo, al homosexualismo o a la ecología, es por su incapacidad en dar cuenta del carácter irreductible de estas luchas.⁵⁷ La naturaleza vanguardista centralizante que cobija el legado leninista ha producido claramente efectos adversos en las nuevas formas embrionarias de la política con destellos anticapitalistas y antiestatalistas. Este conjunto de contenidos se recogen en los reclamos de autonomía de los movimientos; autonomía que milita en contra del carácter centralizante del bolchevismo y de la propia visión contenida en Lenin mismo sobre los consejos obreros que, extrapoliándola a posibles consejos comunales, estos conservarían únicamente carácter conyuntural e instrumental para la suplantación del Estado burgués por el "Estado obrero".

Finalmente, si al menos el neo-leninismo asume nuevos terrenos de lucha, su forma sigue galvanizada al obrerismo anterior. Las interpelaciones obreras que se relevan no son reconocidas con facilidad por agentes de clases subalternas cuya inserción, y las contradicciones que se desprenden, provienen no directamente de la visión capitalista del trabajo sino de la vida cotidiana.

⁵⁶ Este es el caso también de algunas tendencias en el feminismo, en tanto movimiento social en torno a la vida cotidiana. Nos referimos, por ejemplo, al feminismo animado en España por Lidia Falcón y, en Puerto Rico - pero aún de modo no muy definido - por Feministas en Marcha, en donde se calca el leninismo sin registrar la especificidad de estas luchas; cf. "Entrevista: Lidia Falcón", *El Viejo Topo*, núm. 9, 1977.

⁵⁷ Cf. Chantal Mouffe, op. cit.

6. Caminos a la utopía: necesidades sociales y necesidades radicales en la vida cotidiana.

Volvemos elípticamente a la interrogante original que presidía la última parte de este trabajo: ¿cómo el interés proletario coincide con el interés de la "sociedad en general" y, específicamente, en lo que respecta al problema ecológico? Dicha interrogante, clásica en su formulación, debe ser rectificadada -sostenemos- en más de un sentido. Primero, no se trata de un proletariado construido previo a la hechura actual del proletariado transformado en la fábrica-sociedad. Segundo, se trata correlativamente del lugar actual que ocupan las necesidades radicales en las coincidencias de diversos protagonistas anti-capitalistas y anti-estatalistas. Por supuesto, siempre queda abierta otra interrogante en donde la respuesta histórica que se le ha garantizado ha permitido legitimar los dictadores del proletariado mismo: ¿cuál sujeto, si alguno en el orden de una prioridad formalmente construida, conserva la hegemonía: el proletariado?

Más que pretender tener una respuesta ya formalizada a esta tercera interrogante pensamos que vale mejor centrarnos (para ir más adelante a ella) en lo que sugerimos como la articulación entre necesidades sociales y necesidades radicales.

Pero, en su generalidad misma, ¿cuál es la naturaleza de ambos conjuntos de necesidades?, ¿a qué orden de lo social corresponden? En términos amplios, y dentro de la lógica dialéctica, las primeras, las necesidades sociales, corresponden tendencialmente a la reproducción ampliada del sistema (i.e. modo de producción, modo de consumo, Estado y aparatos que los regulan). Sin embargo, esta reproducción ampliada ocurre de modo relativamente favorable para las clases subalternas cuando existen ciertas formas de relaciones de fuerza entre las clases en lucha. El segundo conjunto de necesidades, las radicales, se identifican no con la reproducción ampliada del sistema sino con la subversión del sistema mismo.⁵⁸ Es decir, las necesidades sociales se inscriben en la propia lógica del sistema, en las relaciones sociales de producción, de suerte que son y pueden ser integrables a la regulación capitalista.⁵⁹ El

⁵⁸ Sobre la problemática de las necesidades sociales y radicales véase, de Agnes Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, Ediciones Península, Barcelona, 1978; y Howard Kainz, *Hegel's Philosophy of Right with Marx's Commentary*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1974, Sobre la necesidad radical del comunismo inscrita en la misma estructura contradictoria del capital, cf. A. Negri, *Marx...*, op. cit.

⁵⁹ Su integración oscila conforme variables propias de la formación social; por ejemplo, las reivindicaciones democrático-populares en el contexto de una dictadura militar centro-americana fusiona, en un mismo momento, una necesidad social y una necesidad radical que rompe con la lógica del capitalismo local y con el imperialismo que lo sostiene.

segundo tipo de necesidades, las necesidades radicales, se oponen a la permanencia del capitalismo, obstaculizan o lapidan la acumulación y abren el misterioso armario de la crisis en su conjunto. No obstante, y esto es lo que habría que procurar profundizar, el par de necesidades arrancan de un sustrato material que les es común: las tendencias inmanentes del desarrollo del capitalismo, de su modo de producción y de consumo; tendencias inmanentes que son portadoras en germen de un carácter trascendente a través de virtualidades que lo niegan.

Algunos ejemplos bastan para ilustrar los contenidos de las necesidades sociales y radicales que recorren desde la fábrica hasta la "sociedad civil", es decir, la vida cotidiana.

En la instancia económica el proletariado presenta una doble inserción en las relaciones capitalistas de producción. Una primera de reproducción de los términos del sistema en la misma lucha (trabajo contra capital) y otra segunda de revolucionarización del sistema. La primera corresponde a las tendencias del proletariado a una lucha defensiva que, recabando la ampliación de sus necesidades sociales, prima el aspecto de restitución "justa" del valor de su fuerza de trabajo -el salario- mediante el vehículo del sindicato. Lucha que, en suma, desarrolla las fuerzas productivas del capital al mismo tiempo que la clase obrera se convierte, vía la forma-sindicato, en mercader de su propia fuerza de trabajo.

De lo anterior se desprende que Marx inscribiera como alternativa revolucionaria -necesidad radical obliga- la consigna de la "abolición del asalariado". Pero aquí, la necesidad radical que supone la destrucción del capital (en tanto relación social) vía la propia abolición del asalariado articulada con la necesidad social del poder de restitución de la fuerza de trabajo cabalgan, ambas, sobre tácticas y estrategias claramente diferentes. Esto es, se trata de dos ramos de necesidades que, unificadas (como lo está toda contradicción hasta su estallido) por la matriz de las relaciones sociales de producción, explotan en caminos distintos.

En lo político, las clases dominadas reivindican históricamente un escenario de representación en las zonas de poder del Estado burgués. Ello se traduce en la democracia liberal en la ampliación del sistema hegemónico. Si la democracia forma parte sustantiva del cuerpo de necesidades sociales, el sistema hegemónico la transmuta a su favor estatalizándola. Uno de sus efectos lo constituye la separación del aparato de Estado, su hechura y sus especialistas de las clases subalternas; éstas, concebidas en el "interior" del Estado pero, *contradictoriamente* a distancia, como meros ciudadanos. Una necesidad radical iría en otra dirección; en la dirección de la puesta en cuestión del Estado mismo, de sus aparatos, en tanto unidades alienadas de los productores directos.

En lo ideológico, el reclamo de la libertad-igualdad, el discurso práctico igualitario (que funciona como resistencia) como parte integral de una necesidad radical de las clases dominadas (propio al período heroico de consolidación de la sociedad burguesa) se transforma en necesidad social discursiva abstracta. Los mecanismos propios de la ideología dominante (i.e. la ideología jurídico-política) desplazan el significado concreto de la ideología práctica libertaria a una igualdad abstracta de los partners que escamotea las diferencias cualitativas y, por tanto, las variables que lubrican las condiciones de desigualdad social en la concreta. Aquí, la necesidad radical, transmutada en necesidades sociales (e.g. derechos ciudadanos) corresponde a los términos de la abstracción de la ley del valor. Esta última prima significativamente la supremacía del trabajo abstracto y, por tanto, de la "libertad-igualdad" del trabajador directo en tanto fuerza libre de trabajo. Ello, con el fin de impulsar la circulación del mercado laboral y regularlo contractualmente. En este sentido, la necesidad social de libertad-igualdad es cooptable a favor del Estado del capital de modo abstracto. Para las clases dominadas, esta toma la forma de necesidad radical *concreta*, como lo es concreto el valor de uso de la fuerza libre de trabajo.

En lo ecológico, la necesidad social incide en políticas de restitución de la fuerza laboral que el Estado institucionaliza relativamente. Estas se acompañan de diversas infraestructuras de alcantarillados, carreteras y otras. Pero su red se haya articulada en segundo orden con la lógica del mercado de masas, la organización de la red espacial y la funcionalización de sus áreas. La necesidad radical eleva como lucha la puesta en cuestión del modo de consumo mismo y de las mediaciones del capitalismo en la relación del género humano con la naturaleza.

Hasta el momento hemos esbozado el lugar que ocupan las necesidades sociales y radicales bajo una separación relativa de ambas pero, a fin de cuentas, desencadenables por un vórtice común: el modo de producir, de consumir, el Estado y la legitimidad reguladora. Esta separación relativa incide en procesos de autonominación de un polo de las necesidades respecto a las otras ramificaciones del otro polo; de suerte que puede primar una, la necesidad social por ejemplo, sobre la otra, la necesidad radical.

El primer conjunto de necesidades -las sociales- se orientan, por una parte, y tanto en su forma como en su contenido, por los ciclos de lucha de clases presididos por el poder propio a la hegemonía burguesa y, por otra parte, por el modo en que el Estado capitalista "reconvierte" las necesidades sociales en necesidades estatalizables. Esto último supone un proceso hegemónico de cooptación y regulación de las necesidades

sociales que se tiene que sostener, para que el bloque en el poder se abra a estas, mediante una lógica de acumulación que las renueve a favor del capital. Para garantizar dos ejemplos de este problema que promete guardar una complejidad por sus articulaciones, veamos. En el terreno de la producción, la necesidad social obrera de contrarrestar la explotación de la fuerza de trabajo puede ser regulada por la fracción monopólica de la burguesía (priorizando sobre la explotación intensiva y no extensiva) y cooptable en su composición de clase mediante la burocracia sindical, la aristocracia obrera y/o la social-democracia. De nuevo, todo dependiendo del radio de maniobra propio al tipo de acumulación de capital que combina, sistema de explotación y sistema de legitimidad (necesidades sociales reconvertidas).⁶⁰ En el terreno de la reproducción -lo propio de la ecología social- la necesidad social ecológica puede ser regulada por un civismo neo-social-demócrata pero sólo si el sistema hegemónico se abre a nuevas clases auxiliares provenientes de la neo-pequeña-burguesía.

Va de suyo pues, que ambas necesidades suponen estrategias distintas, las necesidades sociales de acomodo relativo, las segundas (las radicales) de subversión del presente estado de cosas.⁶¹ Estrategias, vale añadir también, que pueden presenciarse al unísono en una forma organizativa (e.g. en el sindicato, el partido o los movimientos) pero de manera desigual. En términos de la historia de la política comunista, particularmente la Tercera Internacional, los dos campos de necesidades han sido recubiertos bajo los términos de reformismo y revolución. No empecé a la claridad teórica en aquel momento en la participación de los campos de la política obrera revolucionaria y el reformismo, hoy es preciso reformular tanto el contenido histórico de estos términos como el espacio en el cual cohabitan actualmente. Y, aún así, no es tan sencillo como veremos de seguido.

¿Por qué? Las modalidades de la regulación monopolista del capitalismo maduro incluyen, por una parte, una infraestructura económica armada al calor del desarrollo de la explotación fordista, por otra parte, un Estado intervencionista de previsión de lo social que incluye la ampliación de equipos colectivos (escuelas, servicios

⁶⁰ El ejemplo del Estado "fordista" es el más claro a este respecto, cf. J. Hirsch, "Notes Towards a Reformulation of State Theory", S. Hanninen, L. Paldán, op. cit.

⁶¹ El feminismo, en tanto movimiento, participa por igual de esta combinación contradictoria de necesidades. La "liberación de la mujer" de los sesenta puede ser cooptada parcialmente por el capital monopolista mediante la valorización de ciertos servicios que "liberan" a la mujer de sus tareas domésticas..., es decir del hombre; cf. Barbara Ehrenreich, "Life Without Father: Reconsidering Socialist-Feminist Theory", *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, enero-febrero, 1984, y *The Hearts of Men*, double day Press, Nueva York, 1983.

hospitalarios, etc.) y, por último, la cobertura de un sistema hegemónico que permite "ingresar" las masas en el interior del castillo, es decir del Estado. Estos tres aspectos transforman el significado político del espacio en que se desenvuelve el reformismo y la revolución. Esta transformación encuentra su racional a través de la integración parcial de las necesidades radicales al orden de las necesidades sociales pero, sobre todo, a través de la estatalización de los dos pares de necesidades. De suerte que una crisis en el orden de la regulación monopolista exagera -como hoy en día en Puerto Rico- el reclamo de ambas necesidades, esta vez relativamente unificadas pero, curiosamente, desplegadas en el terreno no tanto ya de la fábrica sino, más bien, de la vida cotidiana. Para especificar este proceso nos haría falta todo un largo rodeo. Nos limitaremos aquí pues a trazar algunos lineamientos.⁶²

Ambos conjuntos de necesidades provienen, vale subrayar una vez más, de la lucha de clases. En lo que respecta a las necesidades sociales, la lucha en contra de la explotación de la clase obrera comporta un reclamo en la reducción de la jornada de trabajo, de su cadencia infernal y un aumento salarial concomitante. El poder del capital responde en cambio (por lo general el capital más aventajado en su conjunto) con la explotación intensiva (i.e. plusvalía relativa) allí donde ya priman procesos avanzados de disolución de modos y formas de producción precapitalistas. Tal respuesta reduce, de un lado, el trabajo socialmente necesario por unidad mercantil y, del otro, el valor socialmente necesario unitario por fuerza de trabajo. La zapata que permite integrar ambos cobra la forma de la extensión del salario social a fin de permitir acelerar la reproducción ampliada del trabajador directo mediante la estatización del mercado laboral (e.g. escuela, hospital, deporte); o, en otros términos, vía la intervención del Estado en la regulación de la vida cotidiana a favor del capital total.

Si lo anterior define los parámetros, muy generales, entre las relaciones de explotación, de reproducción y del lugar del Estado en el proceso de regulación, desde otro punto de vista, desde la perspectiva del

⁶² Ya en el trabajo de M. Castells, "Advertencia a la edición de 1975", se observa un acercamiento a esta problemática, aunque soslayando excesivamente la transformación de la composición de la clase obrera y pronunciándose una distancia abusiva entre fábrica y sociedad. Su siguiente trabajo, de orientación más voluntarista, *Movimientos sociales urbanos*, nos abre a unas pistas adicionales. Es con la tendencia teórica y política de "Autonomía Proletaria" que pensamos pueden corregirse estos huecos, véase, Toni Negri, *Del obrero-masa al obrero social*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1980.

asalariado, opera *a contrario* la autovalorización proletaria.⁶³ No obstante, importa destacar aquí que esta autovalorización recorre y se hace extensiva desde la fábrica al conjunto de la sociedad cuando -por relaciones de fuerza entre las clases- se han materializado las condiciones "de cabildeo" de esta autovalorización.

Las condiciones de cabildeo mencionadas se institucionalizan en Puerto Rico vía al Partido Popular Democrático, elevando al plano estatal (keynesianismo obliga) las necesidades sociales con elementos de necesidades radicales.⁶⁴ Tal estatalización del binomio de necesidades se forja al calor de un ciclo de luchas en donde comienza a desbordar su límite hoy. Si la lucha en contra de la explotación de la fuerza de trabajo es la matriz clásica tanto del reformismo como de la ruptura revolucionaria, el reformismo históricamente ha fijado su mira en la reproducción de los términos antagónicos del sistema pero *desplazándolos* a lo social. ¿Cómo? recurriendo a forzar -combinado con la apertura del bloque en el poder fordista- una socialización amplia de la fuerza laboral mediante el salario social y la extensión de la democracia liberal que lo aparejó. Pero, tal proceso se hizo posible si se acompañaba de mecanismos de reducción del trabajo socialmente necesarios bajo la dirección monopólica (i.e. taylorismo y fordismo). Es, de este modo, que el Partido Popular Democrático fue el baluarte -generosamente favorecido por el Estado Keynesiano- de esta reproducción ampliada.

Hicimos observar que el reformismo históricamente constituido desplaza la contradicción, sus términos. ¿Qué ocurre pues en la presente coyuntura? En buena lógica dialéctica todo desplazamiento de la contradicción contempla sus límites, los cuales despuntan ya en el Puerto Rico de hoy. Todo el campo extensivo de la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo no es ya rentable directamente para el capital. Este terreno pues, de la vida cotidiana -terreno privilegiado propio de la autovalorización obrera y popular cuando los procesos de descalificación de la mano de obra priman sobre la sobrecalificación- es hoy un bastión estratégico de la lucha de clases. En él se juega la relación de fuerzas, por una parte, entre el trabajo socialmente necesario, por otra parte, el plusvalor, y, por último, los costos socio-ideológicos de contracción del

⁶³ I.e. reivindicación del valor de uso en contra del valor de cambio comandado siempre por el terrorismo del capital. La autovalorización obrera se define así en contra de la valorización capitalista. La última supedita - es su función política - el valor de uso virtual del ciudadano desposeído al valor (consumo productivo); el trabajo concreto del trabajador directo al trabajo abstracto del poder clasista burgués.

⁶⁴ Cf. Emilio González-Díaz, "El problema de la democracia en Puerto Rico", Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico, R.P.

asalariado. Ante ello, dos estrategias: una burguesa en vías de desarrollarse en suelo firme; estrategia que consiste en lo inmediato en la reprivatización y la remercantilización de los equipamientos colectivos, en suma de la vida cotidiana. La segunda, obrera y de masas, la cual se perfila en balbucesos y cuyo umbral de necesidades radicales contempla, en cuanto a lo ecológico y el modo de consumo que le es propio, un control democrático y autónomo de la reproducción, un poder de gestión ciudadana de los servicios y una expurgación de los mismos de la lógica del valor.

En suma, la lucha del capital se inscribe -su actualidad- en tres frentes: primero, en la fábrica, transformando el proceso de trabajo; segundo redoble del primer aspecto con la revalorización de la vida cotidiana a favor del capital, esto es del tiempo disponible ganado por las clases y capas dominadas en la reproducción mediante el reformismo populista; y, tercero, cuando el carácter lagunario en la unificación de los dos procesos así lo exija: terrorismo de Estado.

Terrorismo de Estado, revalorización capitalista, violentación del umbral crítico-catastrófico del modo de producir y de consumir con relación a la "Naturaleza". Todas estas relaciones -redes de relaciones lógicas, que son también históricas- se avencinan "en vivo" en el presente por el látigo del capital y de su brazo armado que es su Estado. Para poder pensar estas relaciones desde un punto de vista proletario -es decir, asunción de la extensividad de la conflictualidad anticapitalista- tuvimos que articular, a lo largo de este escrito, las combinaciones (también históricas) entre tipo de explotación del asalariado, tipo de relación con la Naturaleza que se otorga el capital a fin de hacer viable esta explotación y, por último, tipo de regulación estatal. La necesidad de la articulación de estas relaciones suponía, a su vez y en un primer tiempo, una ruptura con los elementos más idealistas del ecologismo. Estos elementos soslayan (quizás por la fuerza social de la pequeña burguesía de nuevo tipo que encabeza los movimientos ecologistas) no el espiritualismo romántico de la Naturaleza que le es muy propio, sino sobre todo su fuente material: la transformación -el calor de la lucha obrera- del proceso capitalista de trabajo en relación con la Naturaleza (i.e. medios de producción, materia prima, útiles de trabajo). Pero, en un segundo tiempo, también tuvimos que arañar rupturas con el marxismo productivista que, demasiado enfeudado a una visión romántica de la fábrica (e.g. el taller) e hipotecado en su concepción de las fuerzas productivas al racionalismo de raíz burguesa, ha soslayado la "Naturaleza"; es decir, la objetivación de la explotación capitalista en los útiles de la transformación de la naturaleza, en la ecología y en la vida cotidiana. Así, ni trascendentalismo romántico-naturalista, ni fetichismo-productivista, las resistencias a la ley y el orden

del capital se inscriben en las propias luchas sociales actuales, en donde otra lógica antagónica a la burguesa opera su proceso de desvelamiento.

La fuerza súbita del amanecer desgarrar el horizonte, fusionando en otra actualidad histórica el reformismo y la revolución; en una sociedad civil enfrentada al poder del capital figurado en el Estado, fuera y dentro de la fábrica. Es aquí también, pues, que se funden -en la ambivalencia que les es propia- las necesidades sociales y las necesidades radicales. Es aquí también, por último, que las tendencias anti-capitalistas y anti-estatalistas se expresan como crestas de espuma álgida y rizada camino a ... la utopía.

SUMMARY

The author examines the social construction of a new phenomenon - the ecological question - "which seems to be taking the place of the labor question in the mortal struggle between labor and capital." An attempt is made to sketch a framework on which the ecological issues are based. The author also analyzes the obstacles which exist in Marxism to deal with this new phenomenon. Lastly, some features are traced which permit the linking of ecologism with Marxism, culminating with the presentation of the new social subjects which emerge in this struggle in defense of "Nature". The author defines the ecological as "the critical threshold which runs through the capitalist mode of production" and also is brought to consciousness, in some cases tragic, in others naively spiritualist, and in others profoundly political. He proposes that State terrorism, capitalist revaluation, and the pressure of industrial activity and consumption with regard to "Nature" constitute a series of logical and historical associations which relate dramatically today to the cause of capital and its armed branch, the State. The author concludes that at present another logic hostile to the Bourgeoisie is developing.